

*Lily
Cerda*



Un Distinguido Amor

Un
Distinguido Amor

Por: Lily Cerda

Dedicatoria

A mi hermano Ricardo Núñez, pues Dios en su amor, nos lo devolvió salvo y sano, después de un aparatoso accidente.

Mi hermano, sé que Dios tiene un propósito muy grande con tu vida, así que, hacia delante, pues la vida no es tan importante, hasta que casi la perdemos.

Lo maravilloso del verdadero amor es que siempre da una segunda oportunidad.

Os querré siempre y para siempre.

L.C

Derecho de Autor

Un Distinguido Amor © 2017 por Liliana Cerda.

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibido, sin autorización escrita de la autora y los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos del autor, Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o difundida, en ninguna forma o ningún medio, sin el permiso previo y por escrito del Autor.

Sinopsis

Los dos hermanos Lambert, eran el orgullo de su padre, el Marqués de Griffither. Son dos caballeros de sin igual porte y elegancia, el mayor es el vivo retrato de su padre, arrogante y temible, el menor, más jovial y alegre como la madre.

Son estrictamente educados, y sus comedidos modales, son sin igual a dudas, la estampa de su bella madre.

En esa familia, no cabe la vulgaridad, todo debe ser perfecto, por esa razón, el padre manipula sus vidas para que se enlacen con damas de la alta sociedad, ya que, el menor de ellos, está comprometido, con la hermosa hija del Duque de Somerset.

El Marqués, está muy decidido a que las arcas de la familia aumenten, con las dotes de sus futuras yernas, y también, sus linajes, pues desea que sus nietos sean de noble familia, por las dos partes.

Los planes del Marqués son ensombrecidos, por un pequeño obstáculo se interpone en sus planes, cuando el ayuda de cámaras de su hijo menor, le comenta, que su señor conoció a una bella joven campesina, cuando pasó por la propiedad de su abuelo materno, Sir. Walter Scott, el marqués entiende, porqué su despreocupado hijo, desea de pronto visitar al anciano.

Para poner fin a la aventura de su hijo menor, el Marqués envía en

seguida, a su hijo mayor, el Vizconde Rothgar, para que vigile a Lord Robbie Lambert, para que no haga una tontería y cumpla con su prometida, sin imaginarse el padre, que el menor no es el que perderá la cabeza por una pueblerina, sino que el mayor, al advertir una tierna mirada, por primera vez en su vida, perderá el dominio de sus emociones y sentirá, un distinguido amor.

Tabla de contenido

Un

Distinguido Amor

Dedicatoria

Derecho de Autor

Sinopsis

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Epílogo

FIN

Capítulo I

La familia Lambert, son aristócrata de una estirpe muy larga de Marqueses, toda Inglaterra está al tanto de que el menor de los hermanos, está comprometido, nada más y nada menos con la hija del temible Duque de Somerset. Por esa razón, todas las damas jóvenes de su región, respetan al caballero, cosa que pone furioso al joven dandi.

El caballero comentó a su hermano:

—Lo peor que ha hecho padre es hacer un contrato de nupcias con ese malvado Duque.

—Esa no era su posición, cuando supo la dote de la hija.

—Es a usted que debieran de enlazar con ella, pues es usted el heredero al Marquesado.

—Hermano usted saber que para mí la ahorca será más larga, de seguro padre ya posee una dama más rica y vieja para ofrecer a su hijo mayor.

—Es verdad, por lo menos Lady Josefina es meramente bella y además, muy callada y obediente, según lo que dijo padre.

—Pues, como dice el abuelo, dele gracias a Dios por eso.

—¿Usted cree que podré convencer a padre para que nos deje visitar al abuelo en Wiltshire?

—Que se trae usted con ese viaje, al parecer que últimamente desea ver al abuelo más de lo normal, usted desde que hizo parada el mes pasado en Wiltshire, no deja de hablar de la visita al abuelo.

—Es que abuelo está muy solo, en esas tierras.

—Sólo, si está rodeado de servidumbre y además según madre, que un viejo amigo y su familia viven en sus tierras.

—Sí, pero esas personas no son familias.

—Ese repentino deseo de cuidar y saber del abuelo, me parece extraño.

—Le ruego que me ayude a convencer a padre, para que me deje hacer mi último viaje a Wiltshire, para despedirme del abuelo antes de las nupcias.

—No creo que necesite mi ayuda, únicamente tiene que decirle a madre que usted desea hablar con el abuelo, porque usted quiere que lo instruya para ser un buen esposo, como Dios desea, de inmediato ella convencerá a padre.

—Oh hermano, en verdad que es usted muy inteligente, gracias por la idea.

La familia Corby hacía ya tres años que vivían en Wiltshire, en las tierras de Sir. Walter Scott, ya que el señor Corby perdió todas sus tierras y título, cuando surgió de la nada, el verdadero hijo de su tío, que era un Baronet, desterrando a él y su familia de sus posesiones, su buen amigo y hermano en la fe, lo recibió con beneplácito, a cambio, él ayudaba a su amigo con la administración de las tierras.

Los esposos Corby poseían dos hijas gemelas idénticas, eran tan parecidas que hasta sus padres las confundían por su semejanza, por esa razón, siempre hacían que las dos se vistieran de colores distintos.

Cuando niñas, la señorita Susana se alimentaba al doble, ya que su hermana le hacía comer las porciones que ella no deseaba, y aunque, Kelliana era la menor de las dos, poseía más viveza que su hermana.

La señora Corby una mañana envió a su hija menor a la gran casona de Sir. Scott, para que ayudara a la ama de llaves a poner todo en orden, ya que el anciano recibiría visita:

—Madre porque razón no enviás a Susan, ella le gusta más eso de limpiar y ordenar que a mí, además, el viejo mayordomo me mira de forma dura.

—Señorita no le pido que refute mis órdenes, su hermana se pasó toda la noche orneando los pasteles, mientras usted, dormía plácidamente.

—Eso le pasa por dejar las cosas para último.

—Kelly vaya ahora mismo a la casona y desista de poner pretextos.

La joven muy mal humorada, caminó la poca distancia del jardín a la casona, pues a ella no le gustaba hacer quehaceres de servidumbre, ya que cuando su padre era un Baronet, ella sólo se la pasaba bordando y tejiendo, así como recogiendo flores con su hermana, pero ahora, ellas no tenían servicio, pues no poseían dinero, su madre y hermana se encargaban de todo, y ella muchas veces se hacía la que no podía hacer nada, para tener tiempo.

La señorita Kelly entró desganada a la casona, no deseaba encontrarse con la ama de llaves, que la pondría a ordenar la biblioteca, así que caminó en dirección a esa estancia.

La casona como la llamaban los arrendatarios de Sir. Walter, era muy amplia, poseía muchas estancias bien decoradas y luminosas, pues, la residencia había sido antes de un Conde, más el padre de Sir. Scott se la ganó en una mesa de juegos, ahora pertenecía a esa familia y no estaba unida al título de Baronet, ya que el anciano sólo tuvo una hija, por esa razón las tierras y el título pasaría en manos de un sobrino del anciano, por ese conocimiento,

el caballero optó por vivir en aquellas tierras y dejar desde ya, la responsabilidad del título y lo demás a su sobrino.

La señorita Kelliana entró sin muchas ganas a la biblioteca y miró la estancia, casi todo estaba ordenado, pues, su hermana gemela le gustaba tanto estar allí, que se había ocupado casi de todo el trabajo.

Ella sin más, entró y suspiró, una voz fuerte le comentó:

—Cuanto desearía que ese respiro fuera por mi persona.

La señorita Kelliana se giró y sus ojos brillaron de alegría, pues el caballero que le respondió era nada más y nada menos, que el nieto de Sir. Walter:

—Mi Lord que sorpresa.

—Señorita Corby, la sorpresa ha sido mía.

La joven se puso nerviosa, cuando el caballero se le aproximó:

—Cada día se pone usted más bella.

—No me halague de esa forma, Mi Lord, ya que nos vimos muy poco, la vez que usted pasó por estas tierras.

—Le aseguro que fue el tiempo suficiente para no olvidarme de su bello rostro.

—Tal vez usted me confunde con mi hermana.

—Joajana. No lo creo, si hubiese sido su hermana, que entrara por esa puerta y se diera cuenta de mi presencia, ya estaría corriendo por el pasillo.

—Jajaja. Sí es verdad, Susan es muy miedosa.

—Pero usted en cambio no, es atrevida y traviesa.

—Puede ser, pero no tanto como para llegar a ser tonta.

—Nunca le pondría ese apelativo a su persona.

—¡Qué bueno! Ya que es usted un caballero comprometido.

—Veo que las noticias vuelan.

—Las buenas tardan en surcar los oídos, más la mala, se saben al instante.

—¿Quiere decir que es una mala noticia para usted?

—Para mí no Mi Lord, para usted, ya que me imagino como debe ser emparentar con un caballero como el temible Duque de Somerset.

—Hasta usted se apiada de mi persona.

—Apiadarme no tanto, pues de esa forma usted entrará al camino correcto.

—Jajaja. Sabe señorita Corby estoy aquí porque deseaba verla a usted. A la señorita Kelliana se le pusieron las mejillas rojas por la desfachatez del caballero, así que sin más explicó:

—No es correcto que usted siendo un caballero comprometido y a punto de enlazarse, diga esas cosas a una dama.

—Lo que deseo decirle, es que si usted acepta irse conmigo a Greta dejaría plantada a la hija del Duque.

—¡Oh Mi Lord, es usted un descarado!

—No lo soy Kelliana, sólo un caballero que se quedó deslumbrado por sus labios.

—Mi Lord eso no es correcto, usted debe cumplir con la dama.

—No la conozco y no me interesa conocerla, pues es a usted a quién deseo.

Diciendo eso, Lord Robbie Lambert se aproximó a la joven y sin más, la tomó por la cintura, pero cuando iba a besarla, escuchó que la puerta se abrió y dejó de inmediato a la joven.

—Buenos días Robbie, veo que ahora le gusta la biblioteca.

—Ian que hace usted aquí.

—No me presentas primero a la dama.

Su hermano lo miró con dureza, así que con la voz ronca de la ira comentó:

—Señorita Corby, le presento a mi hermano mayor, Ian Lambert, el Vizconde Rothgar, Lord Rothgar.

La joven formó una impecable reverencia, mientras, que el Vizconde la observaba.

—Es un placer señorita Corby.

—Gracias Mi Lord, ahora si me disculpa...

—Desde luego, adelante.

La joven salió apresurada de la biblioteca, mientras, el joven Robbie la observaba, respiró profundo cuando volvió la vista a su hermano mayor:

—¿Qué haces aquí Ian?

—Pues padre estaba al tanto de su predilección por la hija del señor Corby.

—No me diga, en tal caso que bueno que lo sepa, ya que no pienso enlazarme con la hija del Duque, me iré a Greta y contraeré nupcias con Kelliana.

—No hay problema, sólo una pregunta ¿De que vivirán? Pues usted nunca ha puesto las manos en el heno, ni ha querido aprender un oficio, así mismo, no terminó Oxford, además, como tengo entendido, la dama y su familia viven de la caridad del abuelo.

—Usted puede ayudarme.

—No lo creo Robbie, si usted decide enlazarse con la dama como caballero que es, de igual forma, debe asumir su responsabilidad, entiendo que es usted bastante mayor para saber lo que hace, por mi parte no lo detendré, pero tampoco lo ayudaré, ya que usted tuvo tiempo para decirle a padre que no estaba interesado en la hija del Duque, antes de afirmar que se enlazaría, más

como la dote de la dama es bastante fuerte, que le ayudará a vivir sin preocupación no se detuvo a pensar y aceptó sin conocer a la dama.

—Ian en ese tiempo no conocía a la hija del señor Corby.

—Pues en ese tiempo, sólo le urgía que padre le pagara sus deudas de juego.

—Se está pareciendo usted mucho a padre, Ian.

—Debo parecerme Robbie, soy su hijo.

El Vizconde salía de la biblioteca, pero antes se giró y indicó:

—Lady Josefina está en camino para acá, abuelo deseaba conocer a su futura esposa.

—¿Qué?

—Pues tendrá que tomar pronto una decisión, ya que la dama estará aquí mañana.

El Vizconde no esperó la respuesta de su hermano, salió de la biblioteca, cerrando la puerta detrás de él.

La señorita Susan caminaba muy tranquila por el jardín, recogiendo algunas flores para la casona, cuando un caballero muy elegantemente vestido, alto e imponente, de mandíbula firme y ojos de lince, se aproximó y dijo en forma poco educada:

—Señorita Corby deseo hablarle de mi hermano.

La señorita Susan se quedó de piedra, pues no comprendía al caballero, este al ver que la joven no le respondía continuó:

—Mi hermano está comprometido con Lady Josefina Fairchild, la hija del Duque de Somerset, ese enlace está programado para realizarse en dos semanas, como usted deducirá, lo que siente mi hermano por usted, es simplemente capricho, ya que en verdad es usted hermosa, pero ya la palabra

de mi familia está dada.

La señorita Susan miraba asombrada al caballero, sus palabras la hicieron ruborizar, este al ver los hermosos ojos azules, turbados, de la dama, deseó aquietar su corazón confundido, pues sin saber el porqué, de repente, se sintió como un patán, sin más se aproximó a la joven y le comentó:

—No deseo que se aflija.

Ella bajó su mirada, pero el Vizconde inconscientemente le levantó la barbilla, para que lo mirara.

Al tocar la barbilla de la muchacha un escalofrío lo recorrió y al levantar la joven la vista, él sin poder contener lo que sentía, su ser se perdió en su mirada, sin darse cuenta, lentamente bajaba el rostro como hipnotizado por aquellos labios y esos inocentes ojos, sin más, depositó un tierno beso en los labios de la joven.

La señorita Susana disfrutó el toque de la mano del caballero y al sentir que la iba a besar cerró los ojos, pues no sabía porque confiaba en él.

Al sentir el jadeo de la muchacha, la cordura retornó al Vizconde, haciéndolo regresar a la realidad y cuando lo hizo, se separó de la joven, como si ella quemara.

En aquel momento escuchó una voz decir:

—Susan vámonos.

Al anverso de Lord Rothgar, apareció otra dama idéntica a la que tenía al frente, pero con otro vestido, al mirarla comprobó que la que él había besado, no era la misma dama que su hermano admiraba, ya que no eran una, sino dos señoritas Corby idénticas.

La Kelliana al ver al caballero, formó una reverencia y sin más indicó:

—Disculpe Mi Lord, pero mi madre desea ver a mi hermana.

El Vizconde vio a la otra joven que estaba aún con la cabeza baja, las mejillas rojas y las manos unidas en la parte delantera, él no sabía que decir ni hacer, pues se había confundido mucho, así que sin más, formó una reverencia y se alejó del jardín.

Las hermanas retornaban a su residencia muy calladas, mientras, la señorita Kelliana cavilaba en las palabras de Lord Robbie, la señorita Susan en las palabras del extraño caballero, pero sobretodo en aquel beso.

Capítulo II

Esa misma tarde, la señora Corby, comentó a sus hijas:

—Deben vestirse bien Susan y Kelly, pues esta noche Sir. Scott nos ha invitado a cenar en la gran casona.

—¿Esta noche madre?

—Sí Susan, el anciano tiene de visita a sus dos nietos y desea que lo conozcamos.

La señorita Susan miró a su hermana, pues comprendió todo lo que había escuchado esa mañana al caballero extraño, así que cuando estaba en la habitación, preparándose para la cena, aprovechó para aclarar el asunto con su hermana menor:

—Kelly me podías decir que es eso de que uno de los nietos del señor Scott se ha fijado en usted.

—No haga caso de eso Susan, ese caballero posee mucha elocuencia, pero con eso no ha ganado mi corazón, como lo hizo Connor Scott.

—Usted tiene que hablar con ese caballero y explicarle que usted ama a otro caballero.

—Susan esos caballeros lo que buscan, es una dama insulsa e ingenua que ellos puedan utilizar y después dejar, no se preocupe, no permitiré que me ponga un dedo encima y mucho menos, que me bese, ya que todo mi ser pertenece a Connor, usted mejor que nadie lo sabe.

La señorita Susan descendió el rostro, pues su hermana menor era

mucho más fuerte que ella, ya que sin conocer aquel caballero, le permitió hacer cosas indebidas.

La familia Corby al entraba a la casona, fueron recibido por el anciano Sir. Scott:

—Buenas noches, señora Corby y mis bellas sobrinas.

—Buenas noches sir. Scott. —. Dijeron las gemelas al unísono.

El anciano le sonrió a su amigo, después a las jóvenes, sin más se colocó en medio de ellas y con voz baja, dijo a la señorita Kelliana:

—Mi sobrino llegó esta tarde.

La joven al escuchar la noticia, se le iluminó el rostro y preguntó:

—¿Connor? Es decir, el señor Scott.

—Jajaja, sí, pero también mis nietos, tal vez Ian ponga sus ojos en Susan, ya que mi otro nieto está comprometido.

Las dos hermanas se miraron y el anciano las condujo al salón del comedor, allí estaba los nietos del anciano. Lord Robbie al mirar a la señorita Kelliana se le iluminó el rostro, mientras que Lord Ian se giró rápidamente a mirar por la ventana al jardín, al ver a la hermosa hija del señor Corby.

El anciano de inmediato se dio cuenta de la predilección de su nieto menor, así que al caminar hacia él, expresó:

—Robbie hijo, le presento a las hijas de mi amigo el señor Corby, la señorita Susan y la señorita Kelliana.

Las jóvenes formaron una reverencia.

El caballero sin más indicó:

—El placer es mío señoritas.

Lo dijo, mirando a la señorita Kelliana.

La señorita Kelliana al escuchar que la puerta se abría, giró el rostro con anhelo, al ver la figura del señor Connor Scott, los ojos le brillaron y una sonrisa de ansia, cubrió sus labios, el caballero en cuestión de igual forma, buscó a la joven y los dos al mirarse, todo quedó en el pasado.

Lord Robbie observó con asombro a la joven, pues ella no lo miraba a él de aquella manera, ella sin más, caminaba hacia la puerta, para recibir a su primo segundo, de parte de madre, con tal anhelo y devoción de una joven enamorada.

Fue así que el caballero se dio cuenta, que el corazón de su Kelliana, poseía dueño.

El anciano suspiró al ver a su sobrino, caminar hacia la muchacha.

El recién llegado, sin más, formó una reverencia, ella se la devolvió, pero no dijeron nada, se quedaron estáticos mirándose, hasta que el mayordomo indicó, que la cena estaba lista.

El señor Connor Scott, extendió el brazo a la señorita Kelliana y la condujo a la mesa, mientras, los dos eran observados con asombro por Lord Robbie.

En la mesa, la señorita Susan sólo miraba el plato, pues no deseaba mirar al caballero que tenía casi al frente, mientras, que Lord Robbie tampoco miraba al frente, pues aún el caballero estaba asombrado por su descubrimiento, en tanto, Lord Rothgar miraba de vez en cuando, a una de las gemelas, más a la hermana se le podía ver muy marcada, la predilección por el

caballero que estaba a su lado, eso le hizo suspirar de alivio a Lord Rothgar, ya que eso no permitiría que su pequeño hermano hiciera algo tonto.

Después de la cena, el señor Connor Scott pidió hablar con el padre de la joven y su abuelo, así que los hermanos se quedaron solos en la biblioteca:

—¡Ian me siento un estúpido, ¿Cómo me pude enamorar de una dama que mira de esa forma a otro caballero?

—Tal vez usted se enamoró sólo.

—No lo creo, ella me trató con tal cuidado y amor, cuando aquella vez me aproximé a las gemelas, la mayor al verme se turbó, pero Kelliana me sonrió de una manera deslumbrante que no pude olvidar más.

—Tal vez ese sea el temperamento de la dama.

—Pero al despedirme le dije que volvería y ella me dijo, que me esperaría.

—Robbie esa dama es muy alegre y traviesa, pero se ve que está perdidamente enamorada de Scott.

—¡He sido un tonto! ¡Me han roto el corazón! No creo poder amar a otra dama.

—Bueno hermano, la próxima vez que haga planes para el futuro, no se olvide en preguntarle a la dama por sus afectos.

—No se burle usted, mi corazón está destrozado.

El Vizconde se terminó de tomar la copa de vino, cuando escuchó decir a su hermano:

—Bueno, Susan es igual de hermosa que su hermana y más inocente, creo que no todo está perdido.

Esa noche se conoció, que su primo el señor Scott, pidió la mano de la señorita Kelliana para enlazarse y que el señor Corby se la concedió con

mucho beneplácito, mientras, Lord Robbie hizo todo por aproximarse a la señorita Susan, pero la dama no se despegó de su madre para nada, cosa que le hizo difícil al caballero consumir su plan.

El señor Connor Scott fue a acompañar a los Corby.

El anciano Sir. Walter miró a sus nietos, sentados los dos muy callados al frente de él, así que sin más dijo:

—Robbie tengo entendido que su prometida llega mañana, así que no es correcto que usted se hospede aquí.

—Pero abuelo, en verdad no conozco a la dama.

—No importa Robbie, esa son las normas, como usted se quedará una semana, he dispuesto que se hospede en la cabaña del bosque.

—Pero abuelo, esa cabaña está casi en ruina.

—No lo está, mi amigo Corby la remodeló, allí deseaba vivir con su familia, pero no se lo permití, así que, como usted comprenderá esta habitable.

El Vizconde en toda la conversación de su abuelo con su hermano, estaba con la cabeza baja, cavilando y recordando el beso que le había dado a la hija del señor Corby, volvió al presente al escuchar a su abuelo preguntarle:

—¿Cuándo se marcha Ian?

Él miró primero a su hermano, después a su abuelo y respondió:

—Me quedaré unos días abuelo, pero no se preocupe, puedo hospedarme en la cabaña con Robbie.

—Qué bueno que decida quedarse, pues Connor desea enlazarse con Kelliana, lo más pronto posible, ya que desea llevarla con él a Escocia.

—¿A que va Connor a Escocia? — Preguntó Lord Robbie.

—Su madre le ha heredado muchas tierras en la frontera y desea

conocerla, así mismo, desea presentar a la dama a sus familiares de parte de madre, además, a esperado demasiado para estar con la muchacha.

Lord Robbie se puso un poco tenso, así que se puso de pie y caminó hacia la chimenea, sin más preguntó:

—¿Abuelo desde cuando Connor le interesa la señorita Corby?

—Bueno, desde el momento que él retornó de ir a buscarlos a Derbi, envié a Connor a pedirle a mi buen amigo Corby que vinieran a vivir conmigo, mi sobrino, retornó con la familia, al principio deseaba que la familia vivieran en la propiedad del Baronet, desde ese momento entendí que había puesto los ojos en una de las hijas de mi amigo, después de la llegada de ellos, me visitaba cada mes, pero no habló de sus sentimientos, hasta que no trabajó con ahínco, para poner las tierras en su máxima producción, pues según las palabras de mi sobrino, desea que su esposa viva como ella se merece, como una Reina, por ese motivo, remodeló la mansión, ese trabajo le llevó dos años, además deseo que la joven estaría más clara en lo que deseaba, pues hace tres años ella solo poseía diecisiete años.

Lord Robbie se quedó callado, porque le sorprendió la forma de proceder de su primo, pues no actuó como él, sin pensar, sino que se esforzó primero por el bienestar de la dama amada.

El Vizconde al ver la turbación en el rostro de su hermano menor, preguntó a su abuelo:

—¿Eso quiere decir que la dama lo amaba?

—Sí, la señorita Kelliana es muy vivaz y a diferencia de su hermana que es muy callada, ella sabe muy bien cómo obtener lo que desea y creo que lo obtuvo, pues alentó a Connor a esforzarse si deseaba que ella fuera su esposa,

en cambio, su hermana es más pacífica, Susan al contrario se da ella, primero desea que los demás sean felices, eso muchas veces me preocupa, ya que la joven pospone su felicidad para que otros la alcancen.

—¿Por qué dice usted eso abuelo? —. Preguntó Lord Robbie.

—Porque a quien Connor miró primero, no fue a Kelliana, sino a Susan.

El Vizconde en ese momento comprendió la actitud de la joven, ya que desde que entró al salón, en brazos de su abuelo, no miró a nadie y cuando su primo entró, la joven dama se refugió en la compañía de su madre, en la cena por más que la miró fijamente para que ella levantara el rostro, la dama no lo hizo, eso quería decir: ¿Que las dos hermanas estaban enamoradas del mismo caballero?

—Pero como pudo entonces cambiar Scott de hermanas, si en verdad quería a la mayor.

—No lo sé Robbie, en verdad no sé qué ocurrió, lo que sí fue notorio, que cuando Connor nos visitaba, siempre buscaba la compañía de la mayor, pero de pronto, comenzó a caminar con la menor y poco a poco Susan se apartó haciendo más notorio la predilección de mi sobrino hacia Kelliana, pero nadie dijo nada y mucho menos Susan, ella continuó muy tranquila, aunque se apartó más de todos, creo que se aisló de manera intencional.

—Eso quiere decir, que su hermana le robó el amor del caballero.

—No puedo responder esa pregunta Robbie, lo que sí puedo decir es, que Dios debe tener algo mejor para Susan.

—¿Algo mejor?

—Así es hijo, mi sobrino Connor es un buen caballero, pero necesita una dama audaz y vivaz que lo ponga hacer las cosas, en cambio Susan es muy prudente, juiciosa, ella necesita un caballero que la proteja y que la guie a ella, por esa razón, creo que Connor no era el caballero adecuado para la

muchacha, por eso digo que Dios tiene algo mejor para ella.

Los dos hermanos se quedaron callados, mientras, su abuelo se ponía de pie y se despedía con un:

—Buenas Noches mis nietos, que la protección de Dios y sus cuidados esté en sus habitaciones, en lo que ustedes disfrutan del sueño.

En la habitación de las gemelas, la señorita Kelliana estaba feliz de que su amado por fin pidiera su mano:

—Oh Susana, soy la dama más feliz del mundo.

—Qué bueno Kelly, debemos hacer los preparativos para que sus nupcias sea la más hermosa.

—En verdad no deseo muchas personas, sólo marcharme a vivir con Connor, eso si será un acontecimiento, tener por fin mi mansión con servidumbre y con un jardín grande donde tomar todas las flores que desee.

—Kelly debe además tener una bella celebración.

—Bueno sí, pues pronto seré una Baronesa.

—Le recuerdo que aún Sir. Scott está vivo y por mi parte deseo que él viva por muchos años.

—Usted debe cambiar su forma de ser Susan, usted posee la mala costumbre de amar en silencio, sé que su aprecio hacia el anciano es mayor que el mío, pues en verdad no deseo que muera, pero ya él vivió suficiente, en cambió usted, le aprecia de verdad y el anciano ni se da cuenta de su existencia.

—No me importa mucho que las personas sepan mis sentimientos Kelly, solo deseo que Dios mire mi corazón y conozca cuanto los amo.

—Habla usted como padre Susan, mire cuanto habla él del Libro

Sagrado y como ha vivido todo este tiempo, pero como Dios le ha pagado, quitándole sus tierras y título, haciendo que viva de la caridad de un amigo, que trabaje como un simple sirviente, ha visto usted como hemos llegado aquí, sin nada, sólo con la ropa que llevábamos y aún así, padre continúa diciendo que Dios es bueno.

—Kelly usted no se ha puesto a cavilar que ese era la manera que Dios deseaba que sucediera todo, para que nosotros fuésemos mejores hijos suyos, además, si no hubiese ocurrido eso, usted no hubiese conocido a Connor y pronto sería una Baronesa.

La joven le sonrió débilmente a su hermana, cuando dijo las últimas palabras.

—Usted tiene razón Susan, he sido muy egoísta, primero le he robado el pretendiente y después acuso a Dios de nuestros problemas.

—Kelly usted no me robó nada, el señor Scott sólo era un amigo, él nunca me habló de amor, más a usted no solo le ha hablado de amor, sino que le ha demostrado con hecho que es usted la dama que él ama.

—¿De verdad Susan usted no está enojada conmigo?

—Claro que no, se lo dije aquella vez, que usted me comentó que el caballero la había besado, no le guardo ningún rencor, por el contrario, les deseo toda la felicidad del mundo.

—Susan debo ser honesta con usted —, indicó su hermana tomándole las manos —. No le dije toda la verdad aquella vez, sabe a mí me agradaba Connor desde que lo vi, cuando usted salió a visitar a su amiga Lady Pamela, aproveché y me puse su vestido, caminé por el lugar que él frecuentaba y cuando lo encontré hice que me besara.

La señorita Susan abrió los ojos como plato, pero no expresó palabras:

—Al principio él creyó que era usted a quién besaba, pero cuando le

sonreí y lo abracé, supo que no era usted sino a mí, él trató de excusarse, como caballero que es, pero sin pensarlo mucho, lo volví a besar, él no se pudo contener a mis besos y se perdió en mis brazos, fue de esa forma que le quité el afecto de Connor.

—No Kelly, usted no me quitó nada, en verdad usted hizo lo correcto, pues no quiero estar enlazada con un caballero que en verdad amaba mi hermana, por otro lado, mis sentimientos hacia el señor Scott no poseían raíces, más bien, eran una muestra de gratitud.

—Eso también lo sabía, pues usted puede darse a sí misma por el simple hecho de agradecer o que otros sean felices, sabe, que cuando conocimos aquella vez a Lord Robbie Lambert cavile que tal vez el caballero se fijaría en usted, pero después, Lady Pamela nos dijo del compromiso del caballero con su prima y mis deseos fueron truncados, solo le pediré a Dios que le envié un buen esposo, pues Lord Rothgar es un caballero tan distinguido y de tan alta posición que no se fijaría en usted, como lo desea Sir. Scott, ya que esos caballeros están ya comprometidos con damas de mucho dinero, como lo está su hermano menor, imagínese usted con quién estará comprometido el mayor, si el menor está con la hija de un Duque.

—Usted posee toda la razón Kelly, pero no se preocupe por mí, ahora es usted a quien debemos arreglar y cuidar, para que sea la novia más bella de Wiltshire.

—¡Oh Susan, es usted mi debilidad!

Las hermanas se abrazaron, después, la señorita Kelly se fue a la cama, mientras, la señorita Susan se arrodilló al lado de su cama y dijo a Dios:

—Dios usted que conoce todo, el pasado porque es algo que ya está en el olvido de nuestra mente, el presente que es muchas veces nuestra carga y el futuro que es nuestro tormento, traiga paz a mi alma y tranquilidad a mi corazón, limpie con la sangre de Cristo todas mis rebeliones y pecados,

también, aquellos que me son ocultos y que no he cometido. Dios bueno y misericordioso, permita que mi hermana sea feliz con su enlace, que usted fortalezca su amor, que Lord Robbie ame a su prometida, que padre pueda continuar ayudando a Sir. Scott y que madre no le duela tanto la partida de Kelly, y para que el otro caballero se marche pronto y que usted aleje cualquier ilusión que esté formándose en mi corazón, ya que ese caballero es mucho para mí, ahora, sea con todos sus hijos y también con los arrendatarios y la cosecha, en Jesús las gracias.

La señorita Susan se fue a su cama, pero no bien cerró los ojos, cuando llegó a su mente, el roce de los labios del Lord, encima de los de ella, por más que deseaba apartar al caballero de sus pensamientos, ellos eran más fuerte que su voluntad.

La señorita Susan aprovechó de mañana, para escaparse hacia el lago, pues su madre y hermana habían ido al pueblo, en busca de un vestido adecuado para Kelliana, ya que su padre le había dado el permiso, para que las nupcias se realizasen lo antes posible, pues el novio anhelaba llevar a su esposa a Escocia.

La señorita Susan disfrutaba en ese momento de la tranquilidad y la belleza del lago, sentada encima de una roca, comenzó a cantar:

— Sublime gracia del Señor,
que un infeliz, salvó.
Fui ciego mas hoy miro yo,
perdido y Él me halló.

Su gracia me enseñó a temer,
mi duda ahuyentó.
¡Oh, cuán precioso fue a mi ser,
al dar mi corazón!

En los peligros o aflicción
que yo he tenido aquí,
Su gracia siempre me libró,
y me guiará feliz.

Y cuando en Sion por siglos mil
brillando esté cual sol,
yo cantaré por siempre allí.
Su amor que me salvó.

Las lágrimas corrían por la mejilla de la joven, así que Lord Rothgar le pasó su pañuelo, la joven se sobresaltó por la presencia del caballero, pero él sin más, se sentó a su lado, en la piedra y preguntó:

—¿De quién es esa canción?

La señorita Susan dudó un rato, pero después respondió:

—Es de un caballero, el señor John Newton.

—¿Señor John Newton? No creo haber escuchado hablar de él, ¿Quién fue? ¿Un caballero literario?

—El señor Newton Al componer "Amazing Grace", se inspiró en la infinita y hermosa grandeza de la gracia, bondad y misericordia de Dios, las cuales experimentó en carne propia, al transformar el Señor su vida de manera radical. Dios le perdonó, rescató, preservó y restauró. De llevar una turbulenta vida, ser un hombre cruel, libertino, rebelde y despreciable, pasó a

convertirse en un fiel y devoto cristiano, que le entregó su vida a Dios y le sirvió hasta el día de su muerte.

—Está usted muy familiarizada con esa canción señorita Corby.

—Puedo decirle que sí, Mi Lord, pues el amor de Dios es tan maravilloso, ya que el perdón y la redención es posible a pesar de lo horrendo de los pecados cometidos por nosotros, y de que el alma puede salvarse de la desesperación y la condenación, mediante la asombrosa Gracia de Dios; algo que el señor John Newton llegó a experimentar de manera personal. Por eso, este himno refleja la historia de su propia vida.

—Usted habla con convencimiento señorita.

—No puedo estar de acuerdo con usted Mi Lord, lo que me hace hablar de esta forma es, la gracia que Dios ha mostrado a mi persona, enviando a su hijo a morir por mis transgresiones y permitiendo por ese sacrificio de amor, restaurar mi comunicación con su Padre. Por eso en esta mañana, mi alma le alaba con el corazón.

—Con sus palabras deduzco que usted posee las mismas creencias del abuelo.

—No sólo creo Mi Lord, sino que mi confianza, fortaleza y mi vida dependen de ellas.

Se formó un silencio largo, hasta que la señorita Susan se ponía de pie, Lord Rothgar también se puso de pie:

—Debo marcharme.

—Espere un momento, le prometo que seré prevé.

La timidez volvió otra vez a la dama, asintió con la cabeza, pero al instante bajó el rostro:

—En verdad deseo disculparme por lo de ayer.

Esas palabras hicieron que la joven se ruborizara, el Vizconde se dio cuenta de la turbación de la dama y continuó:

—Al principio la confundí con su hermana, pero al mirar sus ojos algo dentro de mí, me llevó a comportar de manera tonta.

Ella se frotó las manos, pues el caballero le estaba diciendo que había sido un tonto por besarla:

—No se preocupe, Mi Lord.

—¿Eso quiere decir que la habían besado antes?

—Oh no... Fue la primera vez que un caballero lo hace —. Indicó la muchacha con las mejillas rojas de la vergüenza.

Lord Rothgar sonrió a las palabras de la muchacha, pues por un momento caviló que el señor Scott lo había hecho primero que él, la joven se movió un poco, como quien desea marcharse, pero él agarró su muñeca.

La señorita Susan sin más, miró la mano del caballero encima de su mano, después, con los ojos lleno de sorpresa, lo miró al rostro.

—Lo que hice se ha apoderado de mis sentidos.

—Mi Lord, esto no es correcto.

—Lo sé, pero lo que deseo es más fuerte que mis deberes.

—Por favor mi

La joven no terminó la frase, pues los labios de Lord Rothgar estaban ya sobre los de ella.

El con rapidez la tomó por la cintura, aferró a la joven con fuerza, en tanto la otra mano la pasaba por su nuca.

Los labios de él, fueron tiernos, pero después, comenzaron abrirse paso por su ser, llegando hasta su alma, en ese momento la señorita Susan perdió toda moción de espacio y tiempo, mientras, el caballero la consumía entre sus brazos.

Poco a poco Lord Rothgar se apartó de sus labios, sin mucho deseo, la soltó, la joven aturdida al principio, no habló ni lo miró al rostro, pero

después sin más, comenzó a correr.

Él atónito la observó alejarse, perturbado por su proceder, se pasó una mano por su pelo, pues era la primera vez, que una dama le hacía perder el control y la compostura, ya que no comprendía su propio comportamiento.

Al caminar por el jardín, llegó a la conclusión que debía poner distancia de aquella muchacha, entró por el sendero diciendo en voz alta:

—Me marcharé de aquí.

Su hermano que en esos momentos estaba en el aire, pues esa mañana había conocido a su prometida y la dama era más bella de lo que él se imaginaba, además, muy coqueta, cosa que hizo que Lord Robbie estuviera ansioso de que llegara esa noche para estar con ella, pues Lady Josefina no se hospedaría en la residencia de su abuelo, sino que estaba hospedada en la mansión del Conde de esa región, que era familia de la dama:

—Ian donde estaba, le he estado buscando.

—Estaba dando una caminata.

—Pues se ha perdido de conocer a mi prometida, Oh Ian, es una belleza, posee los ojos más bellos de todo el mundo, su piel es sedosa y creo que muy suave, la muy picará, solo vino a decirle al abuelo que se hospedaría con sus parientes, pero cuando me despedí de ella, me picó un ojo, con tal sensualidad, que me ha vuelto loco.

—Eso quiere decir, que le agradado su prometida.

—Agradado no, me gusta, estoy impaciente porque llegue esta noche.

—Robbie he decidió que me marcharé mañana.

—No puede hacer eso, pues nuestro primo Connor desea que estemos presente en su enlace.

—No creo esperar hasta que eso ocurra.

—Pues según las palabras del abuelo, es posible que sea la próxima

semana.

—Es mucho tiempo, no puedo esperar aquí.

—Ian no le diga nada al abuelo, hasta que esta noche usted conozca a la prima de mi prometida.

—¿La prima de su prometida?

—Sí, Lady Pamela Suartherso, la hija del Conde de Wiltshire.

El caballero lo pensó antes de responder:

—Está bien.

El Vizconde entró en la residencia de su abuelo, se refugió todo el día en la biblioteca, leyendo cuantos documentos estaban a su nombre, pero el trabajo y las obligaciones, nada le quitaba de su mente a la dama, mientras en sus labios percibía el sabor de ella, y su aroma estaba impregnada en su ser, como si la dama estuviese a su lado.

Capítulo III

Lord Rothgar esa noche en la cena, conoció a la prima de la prometida de su hermano, aunque era muy bella de apariencia la joven, había otra dama que ocupaba sus pensamientos, no obstante, la familia Corby estaba presente en la cena, su hermana con su prometido y sus padres, ella, por el contrario, había enviado a decir que estaba indispuesta.

La cena transcurrió muy monótona, para el Vizconde, pues la dama de sus desvelos, no se encontraba presente.

Cuando todos se reunieron en el salón, después, que los caballeros retornaran, él muy tranquilo se aproximó a su abuelo, pues no deseaba estar por más tiempo en compañía de aquellas personas:

—Se encuentra bien Ian.

—Sí abuelo, es que simplemente estoy un poco cansado.

—Pues vaya usted a descansar, pero antes de una caminata por el jardín, eso siempre ayuda a poner la mente clara.

El Vizconde miró con asombro a su abuelo.

El anciano sin más comentó:

—Sabe, caminaba esta mañana por el lago, cuando algo vislumbró mis ojos, que no podían creer, pero déjeme decirle que eso ha llenado de alegría a este cansado corazón.

—Abuelo lo que usted vio...

El anciano no le permitió terminar, le palmó el brazo y dijo:

—Lo que vi Ian, fue a un caballero enamorado perder la cordura por la

dama amada.

—Eso no es verdad abuelo, eso fue solo un impulso carnal.

—Pues si es un impulso carnal, usted posee demasiado dominio para controlarlo.

—Desde luego.

—Qué bueno, pues no deseo que esa muchacha sufra por su causa, ahora vaya al jardín, después, márchese, no deseo que mis invitados se den cuenta de su desolación.

El Vizconde miró a su abuelo, formó una sutil reverencia y salió por la puerta hacia el jardín.

El caballero en vez de caminar a la puerta que lo llevaba a su recámara, sus pies lo llevaron hacia la residencia de la familia Corby, se maldijo en silencio, pues aquello que estaba experimentando era mayor que sus fuerzas, así que, se metió las manos en sus bolsillos y cuando decidió caminar otra vez a la casona, vio a la dama sentada en un sillón de madera, mirando a las estrellas, su corazón sin permiso comenzó a correr a toda prisa, ella estaba tan hermosa, llevaba un vestido blanco y su pelo negro estaba suelto por su espalda, sin poder resistir a su impulso, caminó hacia ella, como si fuera arrastrado sin poder poner resistencia.

La señorita Susan estaba contemplando las estrellas y la luna, diciéndole a Dios que por favor alejara esos pensamientos de su cabeza, pues aquel caballero estaba apoderándose de su cordura.

Cuando de pronto, una figura le hizo sombra, ella miró atolondrada, como el dueño de aquel desvarío, tomaba asiento a su lado.

—Se debe preguntar ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Mi Lord, esto no es correcto.

—Dígame a mí que no comprendo que está ocurriendo.

—Será mejor que se marche.

—No lo haré, deseo aclarar las cosas con usted y al mismo tiempo, entender que me está ocurriendo.

—Mi Lord, estoy sola, mi familia está en la casona con Sir. Scott.

—Ya lo sé, vengo de estar con ellos.

—Debo entrar, si mis padres nos encuentran sería muy lamentable.

—Ellos no vendrán ahora, pero dígame usted ¿Por qué no asistió a la cena?

—Me sentía indispuesta.

—No le creo, se ve usted muy bien.

Ella bajó su rostro a sus manos y comenzó a frotar una mano con otra, en aquel tiempo expresó:

—Es que cuando le veo a usted, me siento enferma.

—¿Se siente enferma?

—Sí, mi estómago se llena de aire y mi corazón se acelera, además, mis piernas se ponen débiles.

El Vizconde sonrió a la sinceridad de la joven, pues ella con sus palabras le estaba diciendo que él no le era indiferente, así que se giró y con voz gruesa comentó:

—Usted también hace que me sienta extraño, mi corazón se me acelera de igual forma que a usted, pero lo que anhela mi alma es verla, la cena no fue lo mismo sin su presencia, por eso mis pies desobedientes, vinieron en su búsqueda.

La señorita Susan miró atónita al caballero, por la declaración de sus palabras, él sin más le acarició la barbilla y continuó diciendo:

—Mi mente se niega a que otro pensamiento entre a mi imaginación, sólo su rostro está tallado en él, su alma es la única que desea oler mis

sentidos y sus ojos son los que iluminan mi ser, más sus labios son el único sabor que desea mi boca.

Lord Rothgar volvió apoderarse de los labios de la muchacha, esta vez, ella se aferró a él, mientras, las manos del caballero se le enredaba en el pelo largo y sedoso, sus sentidos se dispararon, ni la cordura, la sensatez llegaron a tiempo, para detener el raudal de pasión que estaba comprimida en él. Apretó a la muchacha más y más hasta que no podía respirar, sin querer apartó sus labios de los de ella y con voz ronca dijo:

—Se ha adueñado usted de mi ser.

Sin más volvió a besarla, pero esta vez, escuchó a lo lejos voces y risas, contra su voluntad la soltó:

—Debe entrar a su residencia.

La joven lo miró con los ojos aun llenos de amor, sin más asintió con la cabeza, pero antes de marcharse, él tomó su mano y señaló:

—Debo marcharme, pues de lo contrario le haré mucho daño.

La señorita Susan asintió, el Vizconde sin más volvió a besarla, pero después la soltó y esta vez, quien se alejó fue él.

A la mañana siguiente, cuando las damas se reunieron para dar un paseo, Lord Robbie dijo a Lady Pamela:

—Siento que mi hermano se marchara temprano.

La señorita Susan que estaba próximo a su amiga, sintió que el corazón se le detenía, pues él se había marchado.

Lady Josefina se hizo muy amiga de las hermanas Corby, al igual como lo era su prima Lady Pamela, las cuatro damas se hicieron inseparables, fue de ese modo que cuando la señorita Kelliana se enlazó, las dos Lady estuvieron

presentes en sus nupcias.

La novia exclamo, antes de marcharse a su tiempo de miel.

—¡Oh soy la dama más feliz!

—Kelly no se olvida escribirnos, contándonos como es Escocia.

—Sí le escribiré, pero no esperen cartas mías muy pronto.

—Ya lo sabemos, usted y Josefina estarán muy ocupadas mientras que Susan y esta, su amiga solterona, estaremos recogiendo flores.

Quien respondió al comentario de Lady Pamela fue su prima:

—Desde luego que no, usted y Susan se irán conmigo al castillo de mi padre, pues deseo que estén en mis nupcias.

—No puedo hacerlo Lady Josefina, pues mi prima la señorita Ellen se quedará un tiempo con nosotros y como usted está entenderá, no puedo dejarla sola.

—Usted no se me escapará Susan, usted estará en mis nupcias, así que invitaré a su prima también, además, le pediré a la dama que sea al igual que usted y Pamela mi damisela.

—Pero Lady Josefina, no creo que su padre le guste tener tantos invitados en su castillo.

—Mi padre es un ogro con todo el mundo, menos conmigo, soy la luz de sus ojos, además, mi hermano no estará presente en mis nupcias, pues se marchó a Francia, por eso deseo la compañía de ustedes.

—En tal caso, le preguntaré a mis padres.

—No se preocupe Susan, de eso me encargaré.

Los señores Corby se sintieron alagados de que Lady Josefina Fairchild deseara que su hija y sobrina, estuviera con la dama en su himeneo, pero por más que les preocupara a los padres aquel viaje a Somerset, no pudieron aludir la invitación que le hizo la dama.

Dos días después el señor Corby decía a su hija y sobrina:

—Susan y señorita Ellen, pórtense bien, usted Ellen como es mayor que Susan cuide de ella, no se separen una de la otra.

La señorita Ellen hizo un movimiento de cabeza, la dama era introvertida, aunque muy comedida, había vivido todo ese tiempo con su madre, después que el hermano del señor Corby falleciera, pero la madre de ella había enviado a la muchacha a la casa de su tío, con el pretexto de las nupcias de su hija, ya que la dama estaba en sus últimos días y no tenía a nadie que cuidara de su única hija, aunque la dama había pasado la edad casamentera, porque poseía sus veintisiete años, sus tíos no perdían la espereza de que cautivara a un caballero.

Las cuatro damas, viajaban en el carruaje, cuando Lady Pamela dijo:

—Mis padres no podrán viajar a Somerset, por esa razón a permitido que haga este viaje.

—Pamela que extraño que sus padres no le enviaron una dama de compañía.

—Jjajaja. Usted no está enterada Susan, pero tía Marta estará en las nupcias y le diré, que con ella a nuestro lado, no necesitaremos más damas de compañía, no es así Josefina.

—Es verdad, tía Marta no lo permitiría, si me enlazo a fines de esta semana es porque padre hizo los arreglos.

—¿Por qué dice eso Lady Josefina?

—Verán tía Marta es una solterona, ella detesta a los caballeros, se ha quedado a vivir con su hermano el Duque de Somerset, es decir con mi padre,

pues al quedar viudo, ella no ha permitido que se vuelva a enlazar.

—Ya comprendo, la dama es muy fuerte, pues si no ha permitido que su hermano el Duque se enlace, es porque ella es más fuerte que su excelencia.

Las dos Lady sonrieron al comentario de su amiga, fue Lady Pamela que comentó:

—Así es Susan, gracias a Dios que madre se enlazó con padre antes de que mi tía retornara de su internado, madre siempre dice, que, si no hubiese dicho que sí, a padre antes que llegara su hermana, en estas alturas, estuviera solterona y sin hijos.

—Lo dudo, Lady Elizabeth es muy bella.

—Usted se fijará que mi tía Marta es también muy bella, más, sin embargo, no se enlazó.

En ese momento la señorita Ellen inquirió:

—¿Quiere decir que el Duque de Somerset es su tío Lady Pamela?

—Sí, él es hermano de mi madre, en verdad, son dos hermanas y mi tío.

El viaje no fue muy tedioso, ya que las damas hicieron varias paradas para mover las piernas y cambiar de caballo, muy entrada la noche, se vislumbró un camino de piedra.

La señorita Susan miraba por la ventada del carruaje, se fijó que el camino estaba franqueado de antorchas, después de un instante, una imponente edificación, se observó cuando el carruaje dio una vuelta en la emplazada.

Enseguida que los carruajes se detuvieron, la puerta de la mansión se abrió y un lacayo con librea roja y negra las ayudó a descender, mientras, un caballero mayor, vestido de negro, las esperaba al pie del último escalón, con una de las puertas de madera abierta:

—Bienvenida Mi Ladies.

Lady Josefina sonrió dulcemente al mayordomo:

—Gracias Croton, las damas son mis huéspedes, haga que se le preparen recámaras.

El mayordomo se asombró por la petición de su señora, pues el castillo se preparaba para recibir muchas visitas y casi todas las recámaras estarían ocupadas en dos días, así mismo, sólo estaban al tanto de la llegada de Lady Pamela Suartherso, pero el mayordomo asintió con la cabeza y no expresó palabras.

Caminaron un amplio pasillo, muy adornado con estatuas y cuadros en todas las paredes, con la cornisa en dorado, dándole un aire como si todo fuera en oro macizo.

El mayordomo tocó en una puerta, al abrirla, una hermosa estancia se dejó visualizar, decorada en rosado, con espejos en dorado, se pudo vislumbrar, una dama muy bella y elegante, que las esperaba, aunque con algunos mechones ya blancos:

—Tía Marta, ésta aún despierta.

—Claro querida, alguien debía esperarla.

La dama miró a las dos jóvenes que acompañaban a sus sobrinas:

—Pamela niña, que hermosa estas.

—Gracias tía.

—¿Y estas damas?

—Ellas son la señorita Susan y Ellen Corby, son mis amigas y deseaba que estuvieran conmigo en mi gran día.

—Sera el día de su horca querida, bienvenidas al castillo del Duque de Somerset.

Las recién llegadas, volvieron hacer la reverencia, la dama les sonrió y después indicó:

—Deben estar muy cansadas, así que las dejaré marchar a sus recámaras.

La señorita Susan observó la mirada de sorpresa que el mayordomo le daba a la tía de su amiga, así que sin más expresó:

— Lady Fairchild, sería muchas molestias pedirle, que por favor nos hospeden a mi prima y a mi junta.

Una sonrisa cambio el semblante de la dama, así que indicó:

—Desde luego querida.

Sin más, asentó, al mayordomo:

—Señor Croton las jóvenes se hospedarán las dos juntas en el área de la familia, ya que mi hermana y su esposo el Conde no asistirán.

El mayordomo cambió de inmediato su expresión y la señorita Susan comprendió que con esas palabras, se había resuelto el problema de su dormitorio.

Las dos primas fueron hospedadas en una amplia recámara con dos cuartos unidos por una estancia, el cual era muy lujoso y espacioso:

—Oh Susana, estos son unos aposentos para enlazados.

—Así parece Ellen, pero creo que nuestra llegada no estaba prevista.

—¿Usted cree?

—Sí, el mayordomo se sorprendió al vernos, de igual manera, Lady Marta Fairchild.

—Usted posee mucha intuición, no me di cuenta de nada, pero ahora que usted lo menciona, la dama pareció respirar mejor, después de su sugerencia.

—Ellen estas personas no esperaban nuestra llegada, eso quiere decir, que debemos comportarnos con mucha prudencia.

—Sí Susan, por mi parte le diré, que me conformo solo con saber dónde está la biblioteca.

—Pues de igual forma he cavilado.

Las dos damas se higienizaron y una ayudó a la otra para estar preparada para la cama, pues habían llevado con ellas una pequeña bolsa, escucharon un toque en la puerta y eran los lacayos con sus baúles, solo eran dos pequeños, ya que las damas no poseían muchos vestidos, después, las dos dieron gracias a Dios y se acostaron, ya que el cansancio del día las abatió.

A la mañana siguiente, las dos primas descendieron muy de mañana al salón del comedor, para su sorpresa, estaba deshabitado. el mayordomo las recibió y le sirvió el desayuno, cuando las damas estaban a la mesa, la puerta se abrió y dos maestrasalas entraron muy erguidos, miraron de reojos a las dos jóvenes, pero no pudieron hablar, pues la figura de un caballero, alto, de pelo canoso y barbilla firme, pero con mucho vigor, hizo su entrada a la estancia, las dos jóvenes se pusieron de pie y se quedaron heladas cuando uno de los maestrasala les anunció:

—Su excelencia el Duque de Somerset.

El caballero entró, tomó asiento en la cabeza de la mesa, en tanto, uno de sus caballeros, le colocaba una servilleta y el otro ponía a su lado una taza de té y un periódico, este ni vio a las jóvenes.

Las muchachas muy nerviosas continuaron desayunando, pero en realidad deseaban salir corriendo de aquella estancia, fue cuando a la señorita Ellen se le calló su taza de té y se derramó en la mesa, el caballero levantó el rostro de su periódico y preguntó:

—¿Qué le ocurre, está temblando?

La joven miró asustada al Duque, este sin más indicó:

—¿Le he hecho una preguntá?

La señorita Susan estaba igualmente asustada, pero iba a responder, cuando el caballero levantó su mano:

—Le he preguntado a ella, no ha usted.

La señorita Ellen miró como su prima se sonrojaba y su temor se transformó en ira, así que, sin recapacitar mucho respondió:

—Lo que sucede su excelencia que usted, bueno no usted sino lo que dicen de usted me ha atemorizado.

—¿Lo que dicen de mí?

—Sí.

—¿Y que es lo que se dice de mi persona señorita?

La señorita Ellen miró primero a su prima, esta poseía el rostro rojo de turbación, con un movimiento negativo le hizo entender a su prima que no hablara, pero entonces, se escuchó la voz fuerte del Duque decir:

—Estoy esperando...

La joven levantó la barbilla y sin más dijo:

—Que es usted un Duque sin misericordia, sin compasión, que trata a todos con tal desprecio, que nadie quiere saber de su persona, además...

El Duque levantó una vez más su mano, la joven se calló de inmediato.

La señorita Susan esperó que el caballero diera ordenes que las sacaran a ella y a su prima de su presencia, pero en vez de eso, el Duque sin más, comenzó a reír a carcajadas, la risa era tan contagiosa que hasta sus maestrasalas lo imitaron, pero las dos jóvenes se quedaron a la espera de su reacción posterior, pero el Duque le preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Acaso dos ángeles enviados por Dios?

—Bueno su excelencia no creo que con mis palabras usted me catalogue como ángel.

El Duque volvió a sonreír, miró de manera extraña a la señorita Ellen, sin más se quedó callada de repente, en aquel tiempo entraba al salón Lady

Josefina:

—Padre buenos días.

—Buenos días, mi princesa.

—Espero que no asustaras a mis dos amigas.

—Creo que no he tenido que decir nada para lograrlo.

—Oh padre, usted debe comportarse bien, recuerde que son mis nupcias.

—Le prometo que trataré princesa, ahora las dejaré para que puedan desayunar más tranquilas.

El Duque comentó las palabras, poniéndose de pie, y mirando a la señorita Ellen, formó una reverencia sutil y salió de la estancia acompañado por sus dos maestresalas.

Las damas se quedaron calladas mirando como el imponente caballero salía de la estancia.

Fue Lady Josefina que comentó:

—Mi padre no es tan añejo como dicen las personas.

—No lo es, parece más joven que la madre de Pamela — Comentó la señorita Susan.

—Así es, mi padre es el más joven de los tres, mi hermano sólo posee diez años y está en Francia en un internado.

—Eso quiere decir que su tía Lady Marta es mayor que él.

—Sí, primero está tía Eliza la madre de Pamela, después tía Marta y el benjamín es mi padre, se quedó viudo hace diez años.

—¿Eso quiere decir que su madre murió al traer a su hermano al mundo? — Preguntó la señorita Ellen.

—Sí, según la ama de llaves, mi padre amaba tanto a mi madre que no deseó enlazarse más, pues se quedó con el recuerdo de ella, pero una dama

francesa le puso una trampa y bueno, él estaba dispuesto a enlazarse con ella por su honor, un mes antes de las nupcias, la futura Duquesa se marchó en su último viaje como soltera, ya que le gustaba mucho viajar, así que, sin la autorización de mi padre, viajó a la india con unas amigas, allí contrajo una fiebre y poco tiempo palmó.

—¡Qué horror!

—¿Qué edad tiene su padre? — Preguntó la señorita Susan.

—Cuarenta y ocho, tía Marta cincuenta y tía Elizabeth cincuenta y dos.

—Su padre es aún joven, porque su tía no desea que se enlace —.

Preguntó la señorita Ellen.

—Ella dice que mi padre posee una maldición, que la dama que está a su lado muere, porque él no se ha olvidado de mi madre.

—¿Por qué dice eso su tía?

—Verá Susan, las damas que mi padre ha elegido son damas muy bellas, pero también ambiciosas, según mi tía, mi madre sólo aceptó a mi padre por su título y posición, pero nunca lo vio como caballero, de la misma forma, lo hizo su última dama Francesa, pero a la que siempre amó mi padre fue a mi madre y se quedó amando a un fantasma, después de su pérdida y de la forma como fue criado, se volvió duro de corazón y rígido en su forma, no le importa nada ni nadie, por eso tía Marta dice que su hermano, posee una maldición, al igual que ella, pero que su hermana Eliza la rompió, por el amor que su esposo le dio.

—Lo que su tía quiere decir Lady Josefina, es que sólo un verdadero amor, puede romper la maldición del dolor del corazón, tanto el de ella, como el de su hermano.

—Bueno, poniéndolo de esa forma, creo que sí, señorita Ellen.

La señorita Ellen iba a continuar inquiriendo a Lady Josefina, pero en ese instante, entró su tía, Lady Marta y su sobrina Lady Pamela.

Las damas disfrutaron del desayuno, posteriormente Lady Josefina insistió en llevar a las primas a la ciudad, a su modista, para buscarles los vestidos que ellas usarían para sus nupcias, las damas se opusieron al principio, pero Lady Josefina insistió de tal manera, que las dos jóvenes no poseyeron argumentos razonables para debatir a su amiga, así que esa mañana la pasaron en el pueblo.

Al retornar, la señorita Ellen se quedó en la biblioteca mientras las demás se marcharon a sus recámaras para descansar.

La señorita Ellen estaba muy plácidamente sentada en un rincón de la estancia, cuando escuchó la voz de una dama decir:

—Esta vez voy a aprovechar la ocasión de que la mocosa se enlaza, para ponerle una trampa a su padre.

—Tenga cuidado Lady Patricia, el Duque es muy astuto, asimismo, están sus dos maestresalas.

—Ya he comprado a esos dos ineptos, ellos me ayudarán.

La dama sonrió con fuerza, posteriormente continuó:

—De este fin de semana no paso para ser la Duquesa de Somerset.

—Y cuando eso ocurra, debe recordarse siempre de quien la ayudó.

—Desde luego Souser, usted será muy bien recompensado.

La señorita Ellen respiró profundo, pues aquella dama deseaba ponerle una trampa al Duque, para convertirse en su Duquesa, que podía ella hacer,

para evitar que el caballero iba hacer vilmente engañado, así que salió al pasillo, en aquel tiempo, se encontró con el mayordomo:

—Buenas tardes señorita Corby.

—Buenas tardes señor Croton.

El mayordomo seguía de largo, cuando la joven de pronto comentó:

—Señor Croton disculpe, pero quería saber cómo puedo hablar con su excelencia.

El mayordomo miró a la joven y sin poder creer lo que escuchaba, preguntó:

—¿Usted desea hablar con el Duque?

—Sí.

El mayordomo la observó sorprendido después dijo:

—Su excelencia a esta hora está en su despacho a solas, pues disfruta de una taza de té y galletas.

—¿En su despacho?

—Sí señorita, este está localizado por ese pasillo y es la puerta doble al finalizar el corredor, le diré que no le gusta ser interrumpido, pero si una joven se extravía y sin querer entra en su despacho, creo que él no podrá culpar a ninguna de su servidumbre.

La joven le sonrió al mayordomo, este formó una reverencia y se alejó.

Ella aprovechó que el pasillo estaba sólo y caminó con destino a las puertas dobles, cuando estuvo al frente, respiró profundo y cuando iba abrir, alguien lo hizo por ella:

—¿Qué desea usted?

Fue la misma voz del caballero que estaba hablando con la Lady en la biblioteca, pero la voz del Duque preguntó:

—¿Qué sucede Souser?

El caballero vestido impecablemente de negro, dijo:

—Nada su excelencia.

La señorita Ellen comprendió que este era el caballero que estaba ayudando a la dama, así que dijo en voz alta:

—Me he equivocado de lugar, creí que era la biblioteca.

La señorita Ellen estaba girándose cuando apareció el mismo Duque:

—Buenas tarde dama, está perdida.

—Oh disculpe su excelencia, sólo buscaba la biblioteca, para tomar una taza de té.

El Duque le sonrió, abrió el mismo la puerta e indicó:

—Bueno esta no es la biblioteca, pero si desea puede acompañarme a tomar una taza de té.

La dama sin más asintió, entonces en aquel tiempo, el Duque se puso a un lado y dejó a la joven entrar, posteriormente dijo al señor Souser:

—Puede retirarse, mañana hablaremos de los demás papeles.

El caballero formó una reverencia y mirando de lado a la joven, salió de la estancia.

Cuando la señorita Ellen vio salir al caballero contempló al Duque:

—Su excelencia deseo hablar con usted.

El Duque la miró extrañado, ella observó a los dos maestresalas y se aproximó más a él y comentó en voz baja:

—A solas.

El Duque la miró sorprendido, después decidió continuar con el juego a la muchacha, así que despachó a los dos caballeros, ella miró una puerta:

—¿Esa es otra estancia?

—Sí, mi despacho.

La joven se puso de pie y sin más caminó a esa puerta, haciéndole señas con su mano para que el Duque la siguiera, el caballero sonrió para sí, pues

nunca cavilo que aquella dama con rostro de ángel, fuera una perversión, así que entró detrás de ella:

—¡Es muy grande su despacho!

—Si lo es...

El Duque sin más la tomó por la cintura y la atrajo hacia él, cuando de pronto la señorita Ellen le dio una cachetada, el Duque se quedó atónito por la desfachatez de la joven, ella sin más dijo:

—Lo siento su excelencia, pero en verdad deseo hablarle, pues he escuchado una conversación sin querer, de una Lady y el caballero que me recibió:

—¿Qué está diciendo usted?

—Verá estaba en la biblioteca cuando escuché a una Lady Patricia decirle al caballero que usted...La joven le refirió al Duque todo lo que había escuchado, su excelencia sabía que lo que la joven decía era verdad, pues hablaba con las mismas palabras que usaría la viuda, igualmente, ella había llegado con mucha más antelación que los demás invitados, ya que llegarían al día subsiguiente.

—Me está usted diciendo, que mi servidumbre me ha traicionado.

—No sé de qué su servidumbre le hagan hecho eso, pero tenga usted cuidado.

—¿Por qué he de tenerlo?

La señorita Ellen se mordió el labio inferior e indicó:

—Pues su maldición sólo se romperá si usted ama de verdad.

—¿De que está hablando?

—De que usted debe ser feliz, y sólo con el verdadero amor lo logrará.

El Duque en ese instante, miró a la joven, aquella muchacha, sin conocerlo se preocupaba por su felicidad, aun escuchando todas las cosas malas de su persona, aquella dama poseía tan noble corazón, que deseaba que

él fuera feliz.

—Gracias por prevenirme.

La señorita Ellen sin más, formó una reverencia para marcharse, pero el Duque le expresó:

—Me dejará solo con mi taza de té.

—Perdone su excelencia, pero no es propio de una señorita estar a solas con un caballero, me he arriesgado hacerlo, únicamente por su bienestar.

—Entonces creo que usted puede ayudarme más.

—¿Ayudarlo más?

—Sí, después de que mis maestrasalas y caballero de confianza la advirtieron estar a solas conmigo, les diré que la estoy cortejando, así Lady Patricia desistirá de su locura, después nos haremos de cuenta que fue un chisme hecho por la servidumbre, pues considero despedir a los caballeros posteriormente de las nupcias de mi hija.

—Si usted considera que es necesario, creo que no veo porqué no ayudarlo.

—Le estaré muy agradecido ¿señorita?

—Corby, Ellen Corby.

—Señorita Ellen Corby.

La dama salió del despacho del Duque, con la misma rapidez que como entró, el Duque comentó a sus dos maestrasalas que estaba cortejando a la dama y que después de las nupcias de su hija iba a sacar a la luz su amor por la dama.

Esa misma tarde, llegó al conocimiento de Lady Patricia de que el Duque estaba interesado en una joven amiga de su hija, la cual, el Duque cortejaba a escondida, eso hizo que la viuda estallara en ira, tanto que decidió

acelerar su plan, así fue que esa noche les indicó a los maestresalas del Duque, que pusieran un poco de láudano al vino que le daban, antes de acostarse y que dejaran las puertas abiertas de los aposentos Ducales.

La cena transcurrió muy tranquila, hasta que llegó esa noche los Marqueses y el novio, la señorita Susan dio muchas gracias a Dios de que el Vizconde decidiera llegar el mismo día de las nupcias de su hermano, ya que poseía muchas obligaciones. Así fue que los enamorados se aislaron de los demás, la señorita Susan conoció a los Marqueses y la señorita Ellen a la bella viuda Lady Patricia, la cual la miraba con odio y resentimiento.

Las primas fueron las primeras en retirarse, inmediatamente los Marqueses, pues estaban muy agotados del viaje, aunque Lord Robbie no parecía para nada cansado, posteriormente las demás damas y el Duque.

Ya en sus aposentos, el Duque pidió su vino, pero esa noche no lo tomó, sino que lo vertió en la jarra del vino de sus maestresalas, aprovechando cuando envió a uno por un vaso de leche y al otro por un libro en a la biblioteca, después, los despidió temprano a dormir, sin más salió de sus aposentos y llamó a su hermana Marta.

El Duque estaba conversando de estupideces con su hermana, cuando la puerta que unía a su recámara y la sala de estar, se abrió, el Duque le hizo un ademán a Lady Marta para que no hablara, así que apagó la vela y escucharon unos pasos aproximarse a la cama, después, sin más, se subieron a la cama.

Cuando Lady Patricia encontró que solo eran almohadas se incorporó, pero en ese momento el Duque encendía los candelabros y Lady Marta asombrada, veía a la viuda en camisón, acostada en la cama de su hermano:

—¿Qué está haciendo aquí?

Preguntó Lady Marta muy enfurecida.

—He...

Fue las únicas palabras que alcanzó a decir la viuda, en seguida aparecieron en la puerta del Duque, la señora Mariana y Lady Moerthisor, las amigas de la viuda.

Lady Marta comprendió que lo que pretendían las damas era atrapar a su hermano, así que dijo:

—Ustedes creían que mi hermano era tarado, fuera de aquí víboras e inmediatamente se marchan de este castillo, fuera ahora mismo.

Las tres damas sin decir una palabra, miraron atónitas a Lady Marta y salieron a toda prisa de los aposentos Ducales, entonces Lady Marta preguntó a su hermano:

—Usted lo sabía.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Y perdeme, la diversión.

En ese instante los dos hermanos rieron como hacía muchos años no lo hacían.

Lady Patricia, así como sus amigas, esa misma noche dejaron el castillo, mientras, que los maestresalas del Duque durmieron demasiado, pues fueron ellos quienes se tomaron el láudano, por esa razón, al día siguiente fueron despedidos de sus puestos, por no cumplir adecuadamente con sus obligaciones.

Esa mañana los invitados comenzaron a llegar de todas partes de Inglaterra, para asistir a las nupcias de la bella hija del Duque infame y malvado.

Capítulo IV

Los novios se despidieron de los invitados, posteriormente se marchaban en su flamante carruaje, a su tiempo de miel.

El Vizconde sólo poseía ojos para la señorita Susan, desde que la dama entro a la capilla, los ojos del caballero se posaron sobre ella, la joven estaba hermosa y radiante, con su vestido de color azul. Fue tanto se embelesamiento, que el caballero no ponía atención a las conversaciones, y hasta su padre se dio cuenta de la predilección de su hijo mayor por una de las damas del cortejo nupcial.

El padre muy enojado se aproximó a su esposa e indicó:

—Debemos marcharnos cuanto antes.

—¡Porque dice eso mi esposo!

—Pues nuestro hijo mayor está observando mucho aquella dama.

—Es muy bella la muchacha.

—Si lo es, no hay duda, pero no es una Lady, solo una simple campesina.

—Usted debe dejar de decir por ellos, su hijo debe ser feliz con la dama que elija, el posee un título y fortuna, puede elegir a cualquier dama.

—Escúchese, usted es su madre, sólo una dama de familia, puede comportarse como una verdadera Marquesa.

—No estoy de acuerdo con usted, esa joven se comporta mejor que las demás que poseen título, oh es que no se ha dado cuenta de la desfachatez de las jovencitas, coquetean tanto con Ian, como con el Duque, con todo descaro, más esas dos señoritas, se están comportando, como verdaderas damas.

—¿Usted las defiende? Pues...

—Termine la frase Marqués, nunca me he sentido culpable ni al menos por mis orígenes, si no hablo de ellos, es por respeto a usted, ya que después de todos estos años, siempre se ha arrepentido de que su padre le hizo enlazar con la hija de un simple Baronet, pudiéndose enlazar con la hija de un Duque.

—No diga eso, la pueden escuchar.

La marquesa sin más, se marchó del lado de su esposo y no volvió aproximarse a él, en todo el tiempo del festejo.

Esa misma tarde, muchos de los invitados se marcharon con destino a Londres, pues era la semana del inicio de la temporada social, así que, esa noche el castillo estaba más calmado.

La señorita Susan estaba caminando hacia la biblioteca, pues no soportaba más, las miradas del Vizconde, pero más le molestaba la del Marques, que al final la celebración, la miraba con odio, así que sin más, se escabulló y se refugió con los libros. Posteriormente de un momento, escuchó la puerta abrirse de nuevo, ella sabía de quien se trataba, pues su corazón comenzó a latirle de prisa, la figura del caballero de sus sueños se materializó al frente, él sin saludarla, la tomó del brazo que sostenía el libro y de un salto, la hizo que se pusiera de pie, y sin previo aviso, se apoderó de sus labios.

El Vizconde vio salir a la señorita Susan de la estancia donde aún quedaban algunos invitados, su padre caminó de inmediato hacia él, pero sin más, el Vizconde esquivó su presencia y con rapidez salió detrás de la dama, al verla sentada, pensó en conversar con ella, pero no pudo, hacia tantos días que soñaba con sus labios que no pudo contenerse, cuando ya no podía

respirar, expresó:

—Le he echado de menos.

La joven también sorprendida, no pudo hablar, pues el Vizconde volvió a besarla.

Ella al igual que él extrañaba sus besos, pero eso no era lo adecuado, así que se soltó de sus brazos.

El Vizconde la vio alejarse de él nerviosa, pero sus ojos estaban llenos de amor:

—Señorita Susan Corby deseo que sea usted mi esposa.

La señorita Susan se llevó la mano a su boca para detener un grito de alegría, pero en ese instante le llegó a su memoria los ojos de odio del padre del caballero, así que sin más comentó:

—Eso no es correcto Mi Lord.

—¿Qué no es correcto? Lo que no es correcto es que no pueda dormir, pues mi mente se niega a descansar soñando con usted, que mis labios deseen con desesperación los suyos, que mi vida está sin alegría sino está usted próximo a mí, que ya no existe noches estrelladas para mí, pues es usted quién ilumina mi cielo.

La señorita Susan lo miró asombrada, pero sabía que el padre del caballero no lo permitiría, así sin más dijo:

—Lo siento Mi Lord, pero esto no puede ser.

Sin esperar más salió a toda prisa de la biblioteca, el Vizconde deseo correr detrás de ella, pero en ese momento, su padre caminaba hacia allí:

—¡Ián que bueno que lo encuentro.

—Ahora no padre.

—Oh hijo, pero es una buena noticia, sabe que me he enterado de que el

Duque se va a volver enlazar.

—No me interesa padre.

—Está bien, pues nada, le diré a su madre que envié una tarjeta a la señorita Corby por sus prontas nupcias.

El Vizconde se quedó helado al escuchar el apellido de la dama:

—¿La señorita Corby?

—Sí, ese es el apellido de la dama, según tengo entendido es la joven hija del caballero que vive en la propiedad de su abuelo, esa joven es muy ambiciosa, pues pronto será Duquesa.

El Vizconde apretó las manos, con ira y rabia, el Marqués supo que su hijo estaba fuera de sí, así que, aprovechó la ocasión, para echar más dolor al corazón del caballero:

—Bueno nosotros nos marcharemos a Londres esta noche, si desea puede quedarse a la fiesta de mañana, que de seguro será para anunciar el eminente enlace.

El Vizconde no expresó palabras, el Marqués puso un brazo en el hombro de su hijo y le indicó:

—No vemos hijos en Londres.

Pero el caballero no respondió, el Marqués se alejó con una sonrisa de satisfacción.

Esa misma noche, el Vizconde dejó el castillo.

Los invitados restantes, al día siguiente se marcharon, sólo quedaron las dos señoritas Corby y Lady Pamela.

—Susan nosotras nos marcharemos hoy.

—No lo sé Ellen, debemos preguntarle a Pamela.

—Ella está muy alegre, no entiendo en verdad el porqué.

—También lo he notado.

—Usted en cambio está muy distante Susan, ¿le ocurre algo?

—No, es simplemente que extraño mis padres.

—Por mi parte quisiera decir que extraño a mi madre, pero ella ha estado tanto tiempo enferma, que no recuerdo la última vez que estuve a su lado.

—Pero usted no estaba viviendo con ella.

—Vivíamos bajo el mismo techo, pero después de la muerte de mi padre y mi hermano, ella se encerró en sus aposentos y no salió más, creo que ha gastado de esa forma, todo nuestro capital, asimismo, mi visita a su familia no fue por el enlace de su hermana, sino que madre deseaba deshacerse de mí.

—No diga usted eso, Ellen.

—Es verdad, ella cavilaba que me enlazaría, que me marcharía de su lado, siempre fui un estorbo, después de la muerte de padre y su hijo predilecto, lo demás no importamos.

Las dos primas se abrazaron, entonces, la señorita Susan comentó:

—Estoy muy feliz de tenerla a usted a mi lado.

—¿De verdad?

—Sí, todos estos años he sido la hermana mayor, creo que ya es tiempo de ser la menor.

—¡Oh Susana, es usted tan comprensiva!

Las damas disfrutaron esa mañana en la biblioteca, esa tarde supieron que Lady Pamela no retornaba esa semana con sus padres, pues ella no deseaba viajar a Londres a otra temporada social, su tía Lady Marta la apoyó.

Las señoritas Corby disfrutaban de la belleza del castillo, de las

caminatas a caballo y de las conversaciones de Lady Marta, pero en el rostro de la señorita Susan se podía notar, de vez en cuando, nostalgia y melancolía.

Una tarde estaban las damas sentadas tomando el té, cuando Lady Marta indicó:

—No pueden permitirse nunca enamorarse.

La señorita Ellen fue la primera en preguntar:

—¿Por qué dice usted eso?

—Pues las palabras de amor son usadas por los caballeros, para engatusar a las damas, después que saben que tienen su corazón, juegan con él y lo destrozan.

Las señoritas Corby miraron asombrada a Lady, ella continuó:

—Según los caballeros el amor tiene forma de corazón.

En esta ocasión la señorita Susan indicó:

—Siento que no pueda estar de acuerdo en eso con los caballeros, según mi vivencia el amor tiene forma de cruz.

Lady Marta y Lady Pamela miraron asombrada a la señorita Susan, en tanto la señorita Ellen asentía con la cabeza, después de un instante de silencio, Lady Marta señaló:

—Querida usted posee unas convicciones más extrañas que las mías, como es eso que el amor tiene forma de cruz.

—Lo digo Mi Lady, porque el amor más grande y verdadero, el que ha sido sin falla ni fingimiento está demostrado cuando el hijo de Dios murió por mí en la cruz, por eso digo que el amor verdadero tiene forma de cruz.

—No me diga querida, que es usted religiosa.

—Si creer en Dios, que él envió a su hijo para que muriera por mí en la cruz, para que su sangre me limpie de pecado, que además confiese con mi boca que Jesús es el señor y que Dios lo resucitó de los muertos, y esa fe me

hace religiosa, entonces lo soy, pues sé que ningún hombre nacido de una mujer es bueno, ni justo, sólo la fe y la sangre de Cristo hace que nosotros, las personas injustas, seamos justificados ante Dios, entonces sí Mi Lady soy religiosa.

—Niña donde aprendió tantas palabras profundas.

—Si le soy sincera, aprendí esa verdad en el Libro Sagrado que es la palabra de Dios, pues mis padres me la enseñaron desde niña.

—¿Su padre es un párroco?

—No Lady Marta, únicamente un hijo de Dios.

—Pues es uno de esos no conformista.

—Si no conformarse a este mundo lo hace un no conformista, entonces, mi familia lo es, sabemos que somos ciudadanos del cielo y que simplemente estamos de paso por este mundo.

—Hay niña es usted muy soñadora, pero usted ha despertado mi curiosidad, deseo que me enseñe ese Libro que usted habla.

—Con mucho gusto Lady Marta.

Esa misma noche, después de la cena, Lady Marta le comentó a la señorita Susan:

—Niña ¿Puede usted enseñarnos algo de ese libro suyo?

—Desde luego Lady Marta.

La joven salió del salón verde y en poco tiempo, retornó con un libro negro en sus manos, tanto Lady Pamela y la señorita Ellen se reunieron para escuchar a la señorita Susan leer la historia del Libro Sagrado. El Duque por su parte, no se marchó, se quedó en un extremo del amplio salón.

La señorita Susan dijo en forma de explicación:

—Mientras caminaba en busca del Libro Sagrado llegó a mi mente una parte que mi padre siempre nos lee, por eso voy a compartirla con ustedes, está en Mateo 19:16 al 26.

La señorita Susan se acomodó y comenzó a leer en voz alta:

—Un joven fue a ver a Jesús, y le preguntó:

—Maestro, ¿qué cosa buena debo hacer para tener vida eterna?

Jesús le contestó:

—¿Por qué me preguntas acerca de lo que es bueno? Bueno solamente hay uno. Pero si quieres entrar en la vida eterna, obedece los mandamientos.

—¿Cuáles? —preguntó el joven.

Y Jesús le dijo:

—“No mates, no cometas adulterio, no robes, no digas mentiras en perjuicio de nadie, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo.”

—Todo eso ya lo he cumplido —dijo el joven—. ¿Qué más me falta?

Jesús le contestó:

—Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres. Así tendrás riqueza en el cielo. Luego ven y sígueme.

Cuando el joven oyó esto, se fue triste, porque era muy rico.

Jesús dijo entonces a sus discípulos:

—Les aseguro que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Les repito que es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el reino de Dios.

Al oírlo, sus discípulos se asombraron más aún, y decían:

—Entonces, ¿quién podrá salvarse?

Jesús los miró y les contestó:

—Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible.

La señorita Susan se detuvo y dijo:

—Durante el ministerio de Jesús, muchas personas lo oyeron hablar del reino de Dios y de la vida eterna en el cielo. Era muy claro que la vida en la tierra iba a ser diferente que la vida de la cual estaba hablando Jesús. Un día un joven rico vino a Jesús para averiguar lo que necesitaba hacer, para tener esa vida eterna en el cielo. El pasaje que he leído en Mateo nos habla muy claro, aunque una cosa me llama la atención, Jesús le dijo al joven rico, Los últimos cinco de los Diez Mandamientos a excepción que Jesús cambió el décimo de no codiciar, a ama a tu vecino. Como el caballero dijo que él había mantenido todos los mandamientos mencionados por Jesús, ¿por qué creen que preguntó?: "¿Qué es lo que me falta?" Él sabía que había algo que lo estaba manteniendo atrás, ustedes ¿Qué cree que le faltaba?

La que respondió, fue Lady Marta:

—No lo sé señorita Susan, pues al parecer el joven no deseaba dejar sus riquezas.

—Así es Lady Marta, el caballero tenía muchas riquezas, pero lo que era más importante, él sabía que no podía hacer lo que le sugirió Jesús.

La que en ese momento preguntó fue Lady Pamela:

—¿Si una persona posee muchas riquezas significa que es imposible que vaya al cielo?

—No Pamela, tener muchas riquezas no es el problema, lo que ocurría era que el caballero amaba más a sus riquezas que a Jesús. Sus riquezas no lo dejaban poner su fe en Jesús y de poder seguirlo en obediencia. Sin Jesús, nadie puede recibir el regalo de la vida eterna. Basado en el versículo 26, ¿puede un hombre bueno salvarse a sí mismo? La respuesta es, No, para el hombre es imposible, pero con Dios todas las cosas son posibles.

Lady Marta se puso de pie y sin más indicó:

—Es muy interesante sus palabras señorita Susan, pues según sus enseñanzas, sólo hay un camino de llegar al cielo.

—Así es Lady Marta, sólo uno y es un regalo, un don inmerecido dado por Dios, es tan fácil hacerlo que nuestras mentes no lo pueden asimilar.

—Bueno niña creo que por hoy está bien de religión, mañana será otro día.

—Así es Lady Marta, aunque muchas veces el mañana puede ser que nunca llegue.

—¡Oh muchacha que palabras dice usted!

—La salvación es un regalo gratuito, pero sólo se puede tomar cuando estamos vivos, después que el carruaje de la muerte nos sorprende, ya es tarde.

Lady Marta miró sorprendida a la joven, después hizo una reverencia sutil y se marchó de la estancia, pero antes de hacerlo indicó:

—Pamela querida vaya a dormir.

La joven de inmediato se puso de pie y con ella las dos señoritas Corby:

—Buenas noches.

—Buenas noches Pamela.

Las señoritas Corby se marchaban cuando una voz profunda indicó:

—Señorita Ellen Corby deseo preguntarle algo.

La señorita Susan miró sorprendida a su prima, pues era la voz del Duque quien hablaba, ella sin más, formó una reverencia y se alejó de la estancia, mientras, el Duque se aproximaba a su prima:

—Señorita Corby, ¿Comparte usted las creencias de su prima?

La señorita Ellen dudó un instante en responder, pero luego indicó:

—Sí, su excelencia.

—Cree usted que sus palabras fueron dirigidas hacia mi persona.

—En verdad esa historia está en el Libro Sagrado, aunque habla de riquezas, creo su excelencia, que no únicamente el dinero nos detiene para poder tener fe en Jesús.

—¿Según usted, que otras cosas nos detiene?

—Bueno, el orgullo, muchas personas son pobres de lo material, pero son en demasía orgullosas, por otro lado, está la incredulidad que no nos permite profesar que tenemos fe en Jesús, por el simple hecho de que no creemos que la salvación sea un regalo de gracia, entregado con amor por Dios.

—Usted cree que un caballero como este Duque con tantas actuaciones inadecuadas, sea perdonado, sólo con el simple hecho de creer en Jesús.

—Así es su excelencia, sólo si con su boca reconoce a Jesús como Señor, y con su corazón cree que Dios lo resucitó, alcanzará la salvación.

—¿Por qué tengo que decirlo con mi boca?

— Pues es muy sencillo su excelencia, con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con la boca se reconoce a Jesucristo para alcanzar la salvación.

—¿Con sólo hacer eso?

—Sí, dice más adelante en el Libro Sagrado «El que confíe en él, no quedará defraudado.» Eso quiere decir, que su palabra es verdad.

El Duque se quedó un instante meditando, después sin más indicó:

—Buenas noches señorita Ellen Corby.

—Buenas noches su excelencia.

El Duque miró al Libro negro que la señorita Susan había dejado en la mesita, fue hacia él, lo tomó en sus manos y al abrirlo, hojeo las páginas, muchas de ellas estaban subrayadas y pequeñas notas a su lado, tomó asiento y

comenzó a leer, el Duque se quedó dormido con el libro en su regazo.

Capítulo V

Ya había transcurrido dos semanas de las nupcias de Lady Josefina y Lord Robbie Lambert, y Lady Pamela no hablaba de su retorno a su residencia, mientras, que cada día las damas se reunían para continuar estudiando el Libro Sagrado, ya Lady Marta estaba menos reacia a escuchar y hasta estaba haciendo preguntas:

—¿Quiere decir que mis suposiciones sobre los caballeros son reales?

—No sólo los caballeros son mentirosos y malos, todos nosotros nacido de una dama, traemos como herencia el pecado en nuestra sangre, nadie es bueno y justo Lady Marta, por eso dice el Libro Sagrado en Romanos 3:4 Todo hombre es mentiroso, en esa oración nos incluye también a nosotras.

—¡Oh!

Desde ese día, Lady Marta miraba asombrada a la joven, pero estaba cada día más atenta a sus palabras.

Una mañana estaba las dos a solas, pues Lady Pamela y la señorita Ellen salieron al pueblo por unos lienzo y pintura, cuando Lady Marta preguntó:

—¿Usted cavila señorita Susan que Dios nos perdona todas nuestras faltas, por más mala que esta haya sido?

—Sí, estoy segura que sí Mi Lady.

Se formó el silencio y las dos continuaron con sus bordados, hasta que la dama volvió a decir:

—Para que él me perdone, me imagino que debe una servidora hacer lo

mismo con quien me ha causado daño.

—Lo que se debe hacer es buscar primero el perdón de Dios, después, cuando poseamos su espíritu Santo, él nos ayudará con las demás cargas.

—¿El Espíritu Santo?

—Sí, cuando creímos en Dios y confesamos nuestros pecados a Él y le pedimos que nos limpie, de inmediato Dios nos limpia de pecado y nos envía a su Espíritu que mora dentro de nosotros, es como un maestro que poco a poco nos enseña cómo vivir una vida de acuerdo a Dios, Él es quien se encarga de hacernos sentir que debemos hacer.

—Creí que debía primero cambiar mi vida para dejar a Jesús entrar.

—No Lady Marta, él debe entrar, así como usted está, es él quien se encargará de transformarla poco a poco, según su voluntad.

Lady Marta le sonrió a la muchacha y después preguntó:

—¿Entonces querida que debo hacer para que Jesús entre en mi vida?

Esa mañana Lady Marta pidió a Dios que perdonara sus pecados y que la lavara en la sangre de Cristo, que inscribiera su nombre en el libro de la vida y que le enviara su Espíritu para que le enseñara a vivir su nueva vida en Jesús.

Poco tiempo después, el Duque de Somerset hizo la misma decisión, al ver el cambio operado en la vida de su hermana.

El Vizconde se marchó a Londres donde se reunió con sus padres, el Marqués le estaba presentando a su hijo muchas damas de diferentes estatus, pues deseaba que su hijo se olvidara de aquella muchacha, una mañana le sugirió:

—Ian hijo, está usted muy joven, a su edad ya poseía su padre una dama

que me daba favores.

—¿Qué me quiere decir padre?

—Bueno, está usted muy retraído, tal vez una dama de vida no sosegada, pueda ayudarlo.

El Vizconde no respondió a su padre, y ese mismo día decidió que retornaría al campo, pues por más que no deseaba, no pensar en la señorita Susan, la dama estaba siempre en su mente.

En esas cuatro semanas estaba esforzándose en alejar sus pensamientos de ella. Tarea nada fácil, pues por todos lados se comentaba del que el temible Duque de Somerset, estaba enamorado de una campesina, sabiendo él que se referían a su dama.

Así que, al día siguiente, se despidió de sus padres y se marchó de Londres con destino a su mansión.

Una mañana, la señorita Ellen decidió cabalgar por los alrededores, estaba sola, pues Lady Marta y Pamela estaban tomando clases con Susan de cómo leer el Libro Sagrado, ella se había dado cuenta, que era mejor dejarlas sola con su prima, así que tomó un caballo y se marchó, a poca distancia, el animal comenzó a incomodarse y estaba tomando velocidad, ella estaba muy asustada, pues no sabía hacia donde la llevaría el animal, cuando de pronto, escuchó los cascos de otra montura, ella al girar el rostro se dio cuenta que era el Duque y en otro caballo su capataz, los dos caballero aceleraron hasta que el capataz logró alcanzarla, pidiéndole la rienda del caballo, ella nerviosa se la pasó:

—Agárrese al Duque.

Le gritó el caballero y sin más su excelencia la engancho por la cintura y con un simplemente empujón, la colocó al frente de él, como si ella fuese una

niña, entonces, el capataz tiró con fuerza de las riendas y el caballo se puso en sus dos patas, pero después se detuvo.

El Duque sintió como la señorita Ellen se estremeció:

—¿Se encuentra bien?

Con voz tierna el caballero le habló, mientras, la estrechaba un poco más, entre sus brazos.

—Sí, gracias — se obligó a responder con la voz aún llena de miedo.

El Duque retornó por el camino, mientras, seguía a su capataz y al caballo que este tiraba, cuando llegaron a las caballerizas, el Duque dio sus riendas a un lacayo, después instintivamente saltó del lomo del caballo y se volvió automáticamente para ayudar a la señorita Ellen.

La muchacha se apoyó en el hombro del Duque, él la sostuvo por la cintura hasta que sus pies tocaron el suelo. Entonces sus miradas se encontraron fugazmente. Los ojos de la muchacha brillaron de asombro, en tanto el Duque, se quedó cautivado con su magnetismo.

El Duque se quedó mirándola. Él deseo le sobrevino de repente como una ola muy alta en un apacible mar, que estaba guardado en lo más profundo de su ser.

—Gracias —murmuró la señorita Ellen.

De repente el Duque se recordó de que la dama estaba a punto de morir, y eso lo había hecho enfadar:

—¿Por qué montó ese animal?

La señorita Ellen vio el cambio drástico en el rostro del caballero, se puso nerviosa, bajó el rostro y señaló:

—Es que siempre está recluido en las caballerizas.

La señorita Ellen miró al Duque con recelo, en aquel momento, él indicó:

—Acompáñeme —murmuró, y sin más se encaminó al castillo, marcando el paso con sus esbeltas piernas, entró a un salón de color marrón claro, pequeño, pero acogedor, con una decoración un poco masculina.

El Duque, sin dejar de estudiar su rostro, se acercó a ella y la asió por el codo para conducirla con suavidad hacia un sofá:

—¿Cómo está?

—Mucho mejor, gracia.

—La noto pálida.

—Solamente fue el susto, pero lo peor ya pasó.

—No lo creo, usted se comportó como una tonta, ¿Quién le preparó ese caballo?

—Nadie, lo vi solitario y como no había lacayos le puse la silla.

—¿Usted?

—Sí, el caballo se comportó de lo más tranquilo.

—Ese animal siempre me ha dado problemas, todos los que lo montan son de una u otra forma heridos, voy a enviar a sacrificarlo.

La señorita Ellen sin más, se puso de pie:

—¡No, su excelencia, no lo haga!

El Duque frunció el entrecejo y se cruzó de brazos:

—¿Por qué no?

—Pues tal vez lo que necesita el animal es que lo domen.

—Esta usted en su sano juicio señorita, ese animal la hubiese matado si mi capataz no la hubiese alcanzado, se da cuenta del peligro.

La señorita Ellen miró la severidad del rostro del Duque, su expresión de preocupación era real, la señorita Ellen reconoció la taladradora mirada del caballero y distinguió que él únicamente deseaba protegerla, pensar en ello, hizo que una lágrima bajara por una de sus mejillas.

El Duque se le aproximó, sacó su pañuelo y con suma ternura, limpió el

rastros de la lágrima, a la joven le latía con fuerza el corazón.

El Duque de Somerset era tan alto e imponente, que cuando limpió su rostro, la señorita Ellen tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener su congelada mirada, pero sin más, él Duque la abrazó por la cintura y la besó.

Después de un instante, el Duque apartó sus labios.

La señorita Ellen se estremeció, al ver que el caballero levantaba la mano y rosaba sus pómulos con las puntas de sus dedos, la acariciaba suavemente, los dedos caminaron hacia la mandíbula y el mentón.

Entonces, con los dedos, alzó su rostro y con voz ronca señaló:
—Usted me derretió mi corazón.

Cuando el rostro del Duque se inclinó para besarla otra vez, la señorita Ellen tembló como un pétalo. Cerró los ojos expectantes, y con el corazón latiéndole a toda prisa, se dejó envolver por los labios del caballero.

El Duque la asió con firmeza entre sus brazos, presionando cada vez más sus labios contra los de ella, con apasionado anhelo.

La señorita Ellen se aferró más al Duque, para cerrar el poco espacio libre entre ambos, lo rodeó con sus brazos, y con sus dedos, jugueteó con su pelo.

La señorita Ellen se aferraba más al Duque, pues deseaba con sus brazos borrar toda infelicidad, deseaba que ellos llenaran la soledad que había percibido en él, desde el momento que lo conoció, ella anhelaba calmarlo, darle cobijo en su interior.

Cuando el Duque se separó un instante de ella, le comentó:

—No deseo que vuelva a montar ese caballo.

Ella le sonrió tenuemente y respondió en voz baja:

—Como usted diga, excelencia.

El Duque la volvió a besar, deslizando la mano por su espalda y la atrajo todavía más a él, le dijo al oído:

—Debemos parar.

Ella respondió:

—Sí...

Pero un mar de besos comenzó hacer depositados en la barbilla y el cuello de la muchacha, sin más, el Duque se separó de ella, pasó su mano por su pelo y comentó:

—Esto no es correcto, debo primero hacer las cosas como Dios manda.

La señorita Ellen miraba al Duque como caminaba de un lado a otro, su sorpresa fue mayor cuando él sin más preguntó:

—¿Con quién he de hablar para pedir su mano?

—¿Mi mano, su excelencia?

—Sí, deseo que sea mi esposa, y lo antes posible.

—Creo que con mi madre...

—Pues he de hablar con ella, ¿Está usted de acuerdo?

La dama asintió con la cabeza y el Duque en dos pasos cerró la distancia que lo separaba de ella y la volvió a tener entre sus brazos.

La señorita Ellen estaba nerviosa, cuando se reunió con las damas a la hora del almuerzo, pues no sabía cómo decirles, que el Duque le había pedido que fuera su esposa, cuando entró, las damas estaban calladas, el nerviosismo aumentó cuando en la mesa tomó asiento también el Duque.

Después de dar gracias a Dios por los alimentos, todos comenzaron a comer, pero el ánimo en la mesa era extraño, al finalizar el Duque indicó:

—Marta creo que debe decirle la noticia a la señorita.

Su hermana asintió:

—Señorita Ellen, su prima Susan ha recibido noticias de su familia.

La joven miró asombrada a su prima Susan, está muy callada, le pasó la carta que su padre le envió, la cual, le informaba que la esposa de su difunto hermano, había fallecido.

La señorita Ellen se puso de pie, formó una reverencia para marcharse, pero la voz del Duque la detuvo:

—Ellen espera.

Las damas presentes miraron como el Duque se ponía de pie e iba hacia la joven, ella sin más, se abrazó a él, mientras lloraba.

La señorita Susan miraba incrédula, como el caballero abrazaba a su prima y la reconfortaba, en tanto ella lloraba entre sus brazos.

Lady Marta al igual que ella estaba pasmada, en cambio en el rostro de Lady Pamela estaba una expresión de sosiego.

De esa forma fue que las damas supieron que entre el Duque y la señorita Ellen Corby había una secreta atracción.

Esa misma tarde, se hicieron los preparativos para que todos viajaran a Wiltshire, y hasta el Duque de Somerset viajó con las damas.

El funeral de la señora Corby fue al día siguiente, no muchas personas asistieron, ya que la dama se había recluido en sus aposentos, después del accidente de su esposo e hijo, aislándose de esa forma de todos los que la rodeaban, hasta de su hija.

El Duque de Somerset y Lady Marta aceptaron con beneplácito la invitación que les hizo Sir. Scott para que se hospedaran en su residencia, afianzando de esa forma, más la amistad con el anciano y él con ayuda del señor Corby instruyeron a sus invitados en el Libro Sagrado.

Lady Marta le tomó mucho cariño a la señora Corby, las dos se la pasaron compartiendo juntas.

Cuando el Duque pidió la mano de la señorita Ellen al señor Corby, el caballero se la dio con mucha alegría, no sólo porque era un Duque, sino por el amor que manifestaba el caballero a la muchacha.

La noticia de las eminentes nupcias del Duque de Somerset con la señorita Corby fue puesta en los periódicos, ya que el caballero deseaba enlazarse lo antes posible, fue así, que todo Londres supo que los rumores eran ciertos.

Tres semanas después, en una ceremonia en Wiltshire el Duque de Somerset unió su vida a la señorita Ellen Corby, en una sencilla, pero hermosa ceremonia.

—Susan prométame que nos ira a visitar a Somerset, cuando retornemos de nuestro tiempo de miel.

—Se lo prometo Ellen, es decir Duquesa.

—Joajana, para usted y los míos siempre seré Ellen.

Las primas se despidieron con un abrazo, mientras, el Duque conducía a su flamante esposa a su carruaje, y los dos se perdían con sus séquitos, hacia el

camino que los conduciría a Bath.

Lady Marta se quedó con la Condesa, en la mansión de ella, pues su hermana y esposo habían retornado de Londres, para estar en las nupcias del Duque, eso hizo que la Condesa le rogara a su hermana que se hospedara con ella.

Lady Marta muy gustosa aceptó la invitación, pues el mejor amigo del Duque, el Marqués de Weshert, se hospedaba en la mansión de su hermana, el caballero era viudo y buen parecido, y está demás decir, que el Lord, había llamado la atención de la Lady y que mejor, si estaba más próximo al caballero.

Capítulo VI

En Bath, el Duque disfrutaba de su esposa, aunque muchas veces la encontraba meditando.

Lady Ellen cada vez que estaba con su esposo y lo veía distante, cavilaba en las palabras de la hija del caballero, eso la entristecía.

Una noche asistieron a una gala, todos se sorprendieron al ver al Duque y su recién estrenada Duquesa, muchos lo saludaron y otros sin más, comentaban por lo bajo, lo bella de la joven, en un momento, que un Lord se llevó al Duque a un lado, una hermosa dama se aproximó a la Duquesa:

—Buenas noches su excelencia.

—Buenas noches.

—Permítame presentarme, soy Lady Banette Courcy, hija de Conde del Wesmipher.

—Un placer Mi Lady.

—Querida llámeme Banette, pues al final de cuenta usted y una servidora poseemos los mismos gustos, a diferencia que me di cuenta a tiempo de que Edward no aprendería amar a nadie más que a su difunta esposa y que ese fantasma siempre sería una barrera entre la dama que lo amara y su corazón.

—No la entiendo Lady Courcy.

La joven se sonrió de burla, al escuchar que la joven Duquesa no la tuteaba.

—Fui la dama de las noches del Duque por dos años, me cansé de verlo

distante y ausente después que estaba en mi lecho, una noche le pregunté y bueno, ya sabe comenzó hablarme de su amada Linsy, en verdad, esa fue la gota que no pude aguantar, después lo saqué de mi vida, ya que no puedo competir con un fantasma, pero veo que eso a usted no le importa.

En ese instante el Duque retornaba, la dama se despidió de Lady Ellen diciéndole:

—Espero querida, de todo corazón, que usted tenga más suerte que la que tuve con él.

Esa noche cuando estaba acostada, al costado del Duque, Lady Ellen estaba muy inquieta, así que expresó:

—Edward — comentó Ellen con timidez—, quería decirle algo...

—¿Mmm? — El Duque con pereza la miró.

—Quiero que sepa que cuidaré a su hijo, por otra parte, deseo que lo traiga de Francia.

—Eso estaba pensando esta noche — El caballero comenzó a jugar con un mechón del pelo de su esposa.

—Así mismo, no pretendo tomar el lugar de su madre, haré que su hijo siempre la recuerde.

—Gracias, querida, eres muy espléndida.

Lady Ellen lo miró con una sonrisa, pero su esposo comenzó a aproximarla más, mientras, su esposo le daba besos en el cuello, ella preguntó:

—¿Como era la madre de Lady Josefina?

—Ellen, no me apetece hablar de nadie mientras la tengo a usted en mis brazos, así mismo, es nuestro tiempo de miel.

—¡Anja! — Contesto ella sin convencimiento.

El Duque de repente la miró, frunció el ceño:

—Ellen ¿Qué le pasa?

Su esposa se encogió de hombro, lo miró con los ojos lleno de lágrimas y dijo:

—Es que usted no confía en mí, o es que soy menos que ella, usted está a mi lado cuando desea mi cuerpo, pero después se aísla, es como...

La Duquesa se quedó de pronto taciturna y bajó la cabeza.

—¿A que va todo esto? — Preguntó el Duque armándose de ecuanimidad.

—Pues...

—¡Ellen habla!

—Pues todos dicen que usted amaba mucho a la madre de sus hijos, esta noche Lady Banette Courcy me comentó, que fue su dama de las noches por dos años y que no logró hacer que usted olvidara al fantasma de su esposa.

El Duque suspiró, al ver las lágrimas que estaban contenidas en los ojos de su esposa, se incorporó, pegó su espalda al dosel de la cama y sin más la abrazó y explicó:

—Mi adorada, sabía usted que mi matrimonio fue un arreglo de mis padres.

—No lo sabía, usted nunca dice nada del pasado.

—No hablo de ello, porque deseo que se quede allí, para que no perturbe mi presente con los recuerdos desagradables, y así deseo que continúe.

La joven se sonrojó, limpió sus lágrimas con un pedazo de la sábana, pues no quería que su esposo la mirara, como una loca posesiva.

—Perdona Edward, es sólo que deseo que usted me ame mucho.

—Pues si desea que la ame más, de lo que ahora la amo, entonces perderé el juicio.

—No tanto, solo lo suficiente para que se mantenga cuerdo.

—Joajana. Quiero que sepa Ellen que la amo a usted más que a ninguna otra dama, en verdad, creo que es la primera vez que siento esto que llaman amor.

—¡Oh Edward!

—¿Quiere que le demuestre cuanto la amo?

—¡No!

—Joajana, por favor...

Al cabo de un instante la Duquesa se rindió a los encantos de su esposo.

Ya estaba entrando el invierno y Sir. Scott estaba enfermo, así que su hija y su nieto fueron a visitarlo, pues el anciano deseaba hablar con ellos, en ese tiempo, la señorita Susan estaba visitando a su prima la Duquesa en Somerset.

El Vizconde al llegar al frente de la residencia de su abuelo, suspiró, pues aquel viaje le estaba trayendo a su mente muchos recuerdos.

Su madre de inmediato fue a los aposentos de su padre, el anciano estaba muy bien de salud, sólo que se sentía más cansado:

—Padre estoy aquí.

—Elba hija.

—Sí padre.

—Hija está usted bien.

—Si padre, estoy muy bien, pero me informaron que usted no se sentía bien.

—Siempre estuve feliz por tenerla hija, sabe que nunca deseé un hijo varón, pues usted fue mi mejor regalo, las hijas se preocupan más por sus padres.

—Joajana, lo sé padre, los hijos forman sus propias familias y se

olvidan.

—Elba cuide de sus hijos, no permita que su esposo los haga infelices.

—No puedo hacer mucho padre.

—Sí que puede, usted debe ayudar a sus hijos para que tomen sus propias decisiones, en especial a Ian.

—No entiendo padre.

—Elba su hijo ama a la hija de Corby.

—Pero la dama no está enlazada con el Duque de Somerset.

—No Elba, quien se enlazó, fue su prima, la señorita Ellen que ahora es la Duquesa.

—Pero el Marqués nos dijo que fue ella.

—Pues les mintió, ella está en Somerset visitando a su suprima, la Duquesa.

—Usted dice padre, que Ian la ama.

—Sí, desde que se conocieron hace más de ocho meses.

—Sabe que cuando Robbie se enlazó con Josefina, todos fuimos testigos de cómo mi hijo mayor observaba a la joven, pero después todo cambió.

—Elba no permita que su hijo sufra por el egoísmo y avariciá de su padre.

—Sí padre, ayudaré a mi hijo.

—Qué bueno, pues he sido testigo del desconsuelo de la muchacha.

—Padre, por qué nos ha enviado a llamar.

—Por esa razón, a mis oídos ha llegado que su esposo desea enlazar a Ian con la hija de un Duque Escoces, la muchacha también lo escuchó y fue tan desoladora la noticia para ella, que se enfermó, sus padres la enviaron a Somerset para que cambiara de ambiente, pero eso no la ayudará.

—Dice usted a Somerset.

—Sí, al castillo de Duque, creo que usted sabe dónde queda.

—Si padre, como olvidar esa dirección, pero como haremos para que se encuentren, pues Ian cavila que es ella la Duquesa.

—Solo hay una forma, dígame a Ian que deseo hablar con Robbie.

—Usted cree que deseará ir por su hermano a Somerset, es mejor decirle que la señorita Corby no es la Duquesa.

—No Elba, si le decimos su mente le puede hacer dudar de nuestras palabras, más si él se encuentra con la dama y con la verdad, estoy seguro que no la dejará marchar.

—Oh padre, pero el Marques se enfurecerá.

—¿Y eso no la llena de satisfacción?

Su hija miró asombrada a su padre, después le sonrió.

Cuando la Marquesa descendió de los aposentos de su padre su hijo la esperaba:

—Madre como está el abuelo.

—Muy cansado Ian.

—Puedo verlo.

—Será mejor dejarlo tranquilo por hoy, pero me preocupa que sólo desea hablar con Robbie.

—¿Abuelo desea hablar con Robbie?

—Sí, pero no sé a quién enviar a buscarlo a Somerset, él está en el castillo de su suegro.

El Vizconde de repente enmudeció.

La Marquesa observó a su hijo de reojos y apuntó:

—Me siento cansada, esta noche descansaré, pero mañana a primera hora viajaré a Somerset por Robbie.

El caballero miró asombrado a su madre, mientras, que ella ponía su mejor cara de preocupación, su hijo sin pensar dijo:

—No se preocupe madre, haré el viaje a Somerset, esta misma noche.

—No Ian esta noche no, pues deseo enviarle una carta a Robbie, vaya y descanse que la escribiré.

—Madre hágalo esta noche, pues a primera hora marcharé a Somerset por mi hermano.

—Gracias hijo.

La Marquesa prontamente se dirigió a su dormitorio, escribió unas palabras a su hijo menor, pero también a su nuera, pues sabía que las damas eran más impacientes que los caballeros, pues su hijo podía guardar la carta y leerla ya de camino, así que se apresuró a escribir.

Esa misma noche, le hicieron llegar las cartas al Vizconde, él sin más envió por su caballo, se marchó a Somerset esa misma noche.

Los Duques estaba preocupados, pues la señorita Susan estaba muy demacrada, ella comía poco y se le podía ver impaciente e inquieta, como Lady Marta estaba en Bath pasando unos días en la residencia del Marques de Wesharter, pues el hijo del caballero se había comprometido con Lady Pamela y su tía estaba haciendo de dama de compañía a su sobrina, ellos habían enviado a buscar a la señorita Susan para que hiciera compañía a la Duquesa por su estado de espera, pero en realidad era, porque la joven estaba cada día más distante.

El señor Corby escribió a su sobrina diciéndole el estado de su hija mayor, pues sus padres no encontraban el mal que aquejaba a su hija, pues ella no hablaba con nadie.

La Duquesa, tratando de sacar a relucir el motivo del desanimo de su prima, le preguntó:

—Susan ¿Está usted bien?

—Sí Ellen...

—La noto triste y retraída, ¿Qué le ocurre?

La señorita Susan deseaba decirle a su prima del dolor que llevaba en su alma, pero al verla en su estado, sabía que no era lo adecuado, se dijo que eso pronto pasaría:

—No se preocupe usted, es sólo nostalgia a ver a mis amigas con pareja, eso es todo.

—Oh Susana, no me había dado cuenta de eso, es verdad, Pamela ya está comprometida y hasta Lady Marta está siendo cortejada, entiendo ahora su tristeza, pero no se preocupe, Dios debe tenerle a un caballero que la ame de verdad, pues usted es especial para él.

—No lo creo Ellen — Ella detuvo su comentario, pues iba a decir que ella no podría amar a otro caballero que no fuese a Lord Rothgar, así que se puso de pie — me voy a descansar, mañana voy a llevar a su yegua a dar un paseo.

—Abríguese bien, ya las temperaturas están frías por las mañanas.

—Sí lo haré, me podré una capa.

—En ese caso, vaya a descansar.

La señorita Susan salió de la estancia, en tanto, el Duque entraba, la joven formó una reverencia al caballero y continuó su camino, el Duque ayudó a su esposa a levantarse:

—Querida le mencionó algo a su prima.

—Oh Edward, Susan lo que está es melancólica porque ningún caballero se ha fijado en ella, pues todas nosotras tenemos pareja, menos ella.

—Creí que el hijo del Marques de Wesherte se había fijado en ella, pero después nos enteramos que a quién le agradaba el caballero era a Pamela.

—Oh Edward, esos dos se escribían desde las nupcias de su hija.

—¿Qué?

—Sí, Pamela y el caballero se prometieron en silencio, por eso su sobrina se la pasaba en sus aposentos escribiéndole carta a su amado.

—Pues es verdad que usted en ese tiempo me tenía ciego.

—Ya veo que, en ese tiempo, pues ahora estoy muy gorda para su gusto.

—No lo creo mi Duquesa, permítame enseñarle cuanto la amo.

—Edward no se burle de mí.

—No lo haga, mi amada, no lo hago.

La señorita Susan se aferró a su almohada, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, pues los besos y el calor del Vizconde no se apartaban de su mente, cada día se decía que debió decirle que sí, aquella vez y marcharse con él a donde nadie los separara, pero ya era demasiado tarde, pronto él se comprometería con una hija de un Duque y después de dar su palabra, tendría cumplirla y ella se quedaría sola, pues en su corazón sólo pertenecía él.

Capítulo VII

El Vizconde a la primera hora de la mañana, vislumbró el castillo del Duque de Somerset, solamente escuchar ese nombre, se le llenaba su corazón de ira, dolor y resentimiento, pues ese ignominioso caballero disfrutaba ahora de su dulce Susan.

El caballero continuó su cabalgata y ya era las ocho de la mañana, cuando llegó a las puertas, descendió de un saltó, se estiró un momento, más que eso lo que estaba haciendo era armándose de valor.

La puerta se abrió y el mayordomo lo recibió:

—Buenos días.

—Buenos días, soy el Vizconde de Rothgar y vengo a ver a mi hermano Lord Robbie Lambert.

—Mi Lord si me permite escoltarlo, su hermano debe estar en el salón del comedor.

El Vizconde asintió y el mayordomo de inmediato le franqueo el paso.

Cuando entraron al salón del comedor, quien estaba a la mesa era el Duque de Somerset, de inmediato el Vizconde se tensó, este al verlo se puso de pie y fue a saludarlo:

—¡Oh que grata sorpresa Lord Rothgar!

—Gracias — Indicó el Vizconde con voz dura — Mi disculpa por presentarme de esta manera, pero deseo hablar con mi hermano.

—Oh desde luego, venga acompañeme a desayunar, en lo que desciende Robbie.

En ese instante entraba por la puerta del jardín la señorita Susan, la

dama al ver al Vizconde se quedó pasmada, mientras él, de igual forma, se quedó atolondrado.

Unos pasos se escucharon, en la puerta y apareció Lady Ellen, con un jovencito tomado de su mano, el Vizconde se giró al ver a la dama y al niño entrar en aquel momento, comentó en dirección a la señorita Susan:

—Disculpe Duquesa mi falta de modales.

El Duque le sonrió al ver que el caballero hacia la reverencia a la dama incorrecta, así que iba a decírselo, pero en ese momento hicieron su entrada al comedor su hija y yerno.

Lord Robbie al ver a su hermano, lo saludó con efusividad, dándole un fuerte abrazo:

—Ian hermano, que agradable sorpresa.

El Vizconde saludó a su hermano y sin más indicó:

—He viajado, pues abuelo desea verlo, aquí tiene unas cartas que le envió madre explicándole los motivos, una es para usted y otra es para Lady Josefina.

El caballero de inmediato entregó las cartas, el Duque aprovechó que su yerno e hija abrían la correspondencia para decir:

—Lord Rothgar, permítame presentarle a mi esposa, Lady Ellen Fairchild.

Cuando el Vizconde escuchó el nombre y vio a la dama que estaba en espera, aproximarse a él, se quedó pasmado, el color de su cara se esfumó y comprendió que su Susan no era la Duquesa, sino aquella dama, la Duquesa lo miró extrañada, pero el caballero pronto recobró la compostura, hizo una reverencia un poco torpe e indicó:

—Un placer su excelencia.

La Duquesa le devolvió la cortesía como pudo, entonces su hermano expresó:

—Vamos Ian, no saludará a la señorita Susan, de seguro que se recordará de ella.

El Vizconde poco a poco miró a la joven que aún permanecía en el mismo lugar que la había advertido desde que llegó, así que con pasos corto se aproximó a ella, formó una reverencia.

La muchacha estaba visiblemente turbada, ella se la devolvió, pero todo en ella estaba temblando.

Se escuchó la voz de Lady Josefina decir:

—Padre, Ellen y usted también hermano, vengan con nosotros, deseamos decirles algo.

Los Duque fueron sacado del salón del comedor, también se llevaron a Josef el hijo del Duque, dejando a la pareja a solas.

Ellos no se dieron cuenta, pues estaban perdidos el uno en el otro.

La señorita Susan, preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

—Vine a buscar a Robbie — Indicó el caballero, pero al girarse supo que los demás se habían marchado.

—Lo creí a usted en Escocia.

El Vizconde abrió los ojos, pues no sabía que lo que su padre deseaba, ya todos lo sabían.

—Le expliqué a mi padre que me enlazaría con la dama que eligiera, que no deseaba un enlace arreglado.

—Pues su pronto enlace salió en los periódicos.

—Esa son las artimañas que usa mi padre para salirse con la suya.

Los dos se quedaron de pronto callados, hasta que el Vizconde indicó:

—Está usted muy pálida.

—Y usted muy desaliñado.

—Es que salí a toda prisa para hablar con Robbie.

—Pues debe hacerlo...

El Vizconde sin más dio dos pasos y se aproximó más a ella:

—Creí todo este tiempo que usted era la Duquesa.

—Pues se equivocó.

—Si hubiese sabido que era otra, la hubiese buscado.

—Conceptué que usted se había olvidado de mí.

La señorita Susan era incapaz de moverse, pues cavilaba que estaba soñando, la mirada del Vizconde se intensificaba, a ella se le aceleró el corazón.

El Vizconde debía de haber llegado hacia tan solo un rato, caviló la muchacha, pues su gabán estaba sobre sus hombros. Se le veía el rostro cansado, duro y mal afeitado. Cuando lo vio su rostro estaba cubierto de tristeza y sus refulgentes ojos la miraron con odio, pero ahora, la miraba con anhelo.

El Vizconde sin más la abrazó, le besó los labios y su boca no sabía dónde detenerse.

Una cálida sensación de placer recorrió todo el cuerpo de la muchacha, mientras, Lord Rothgar la besaba con desesperación al principio, después con avidez.

—Susan eres mía, y nadie la separará de mi lado.

Susurraba el caballero en los oídos de la muchacha, en lo que las manos de él acariciaban la espalda de ella.

El Vizconde tuvo que controlar sus impulsos, así que colocó la frente de él en la de ella:

—No puedo vivir sin usted Susan.

—Ian...

Cuando el caballero escuchó su nombre en los labios de ella, volvió a besarla, con urgencia y desasosiego.

La señorita Susan temblaba, mientras su amado profundizaba el beso, ella sintió que las piernas le flaqueaban, así que se abrazó a él.

Después de un instante, el Vizconde se arrodilló ante ella, sobre el piso de madera del comedor, la rodeó por la cintura con sus recios brazos:

—Susan déjeme ser su siervo por toda la vida, deje que mis brazos la cubran y llenen su ser, no deseo nunca apartarme de su lado.

La señorita Susan lloraba de alegría, así que declaró:

—Deseo todo lo que usted me desee dar.

—Amor mío — la señorita Susan le pasó la mano por el pelo, él levantó el rostro y ella le dio un beso en la frente — amor nunca la apartaré de mi lado.

Ella le sonrió y le indicó:

—No lo haga nunca, amor mío.

En esa posición, los encontraron los Duques, su humano y esposa, pero al Vizconde no le importó, pues era feliz abrazando a su amada.

Su hermano le informó, que su abuelo estaba bien, que todo había sido con el propósito de que él hiciera el viaje a Somerset, para que se diera cuenta, que la Duquesa no era la señorita Susana.

El Vizconde feliz de poder estar con su amada, permitió que el Duque le gestionara una licencia especial.

Todos viajaron a Wiltshire, pues ese mismo fin de semana, el Vizconde se enlazó con la señorita Susan, en una ceremonia en la residencia de Sir. Scott, en una muy pequeña e íntima celebración, acompañados de sus seres queridos.

Todo surgió de manera muy espontánea, el vestido que uso la novia, fue el mismo que uso su madre, sencillo, pero con mucho significado, no hicieron un gran banquete, pero la risa y la alegría estuvo en demasía.

El anillo fue el mismo que Sir. Scott dio a su esposa, no hubo flores, ya que la época estaba muy fría, sólo la novia usó unas que fueron buscadas, en el invernadero de los Condes de Wiltshire.

La felicidad de los novios, contribuyeron a mitigar un poco, la angustia de la Marquesa, al saber que el esbirro de su esposo, no le perdonaría que su hijo mayor se enlazada con una simple muchacha.

Desde las nupcias del Vizconde, casi dos meses, su esposo le había impedido la entrada a su mansión, pues la culpaba a ella de la insensatez de su hijo mayor, por ese motivo, la madre del Vizconde se había quedado a vivir con Sir. Scott en su villa.

Los padres de Lady Susan estaban felices, ya que su hija estaba junto a ellos unos días, pero la pareja se trasladó a Escocia, por unas semanas, así mismo, las dos damas, es decir, la Marquesa y la señora Corby habían afianzado más su amistad, hasta el punto, de que la Marquesa ayudaba a su amiga en lo que se refería al cuidado de la residencia de su padre.

Una mañana, le llegó una carta a Lady Griffither, explicándole de que su esposo el Marqués había sufrido una enfermedad extraña, que no le permitía mover su cuerpo, la dama se quedó muy callada observando la hoja de papel, la señora Corby percibió la palidez del rostro de su amiga y sin más la ayudó a sentarse:

Se encuentra bien Lady Griffither. — La dama en silencio le pasó la hoja, la señora Corby leyó y al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, le preguntó:

—¿Le pido a su doncella que le prepare su baúl?

—No pienso ir.

—No piensa ir, pero si su esposo está paralizado.

—Ese es su castigo por ser tan malo.

La señora Corby sin decir palabras, se sentó junto a Lady Griffither, mirando la carta que tenía en sus manos, la dama sin más comenzó a llorar, su amiga la abrazó, posteriormente que se recompuso un poco y explicó:

—Cuando hice mi debut en Londres, a mis dieciocho años, muchos caballeros se aproximaron a mí, pues en esa época poseía un bello rostro, mi padre me indicó, que no me precipitara, que disfrutara mi juventud, así que la disfrute, ingenua e hija de un simple Sir. Muchos de esos caballeros únicamente me veían como un juguete, pero a mi edad no lo sabía, así que, cuando el amigo de mi padre, el Duque de Essex, hizo su fiesta de cierre de esa temporada.

La dama suspiró antes de continuar diciendo:

—El Marqués de Griffither había asistido, en ese tiempo, estaba comprometido con la hija del Duque de Somerset, Lady Marta Fairchild, pero la dama no había asistido a la gala, pues su hermana estaba preparando sus

nupcias, en esa época era muy incauta y no sabía nada de los cotilleos.—
suspiró dolida — me encontré al Marqués en los jardines, pues no deseaba la
compañía de los demás caballeros, él me indicó que más adelante había una
glorieta y allí, bueno me deshonró —La señora Corby abrió los ojos y la boca
y con sus manos ahogó un grito — el Duque esa misma noche le hizo que se
comprometiera conmigo y al día siguiente, envió a buscar a mi padre, entre los
dos hicieron que ese fin de semana, nos enlazáramos, después del tiempo
adecuado, nació Ian, producto de ese mal día.

—¡Oh Lady Griffither, cuanto ha sufrido!

—Usted no se imagina, cada día me culpa de lo ocurrido, él dice que fui
una coqueta y casco flojo, ya que fue mi plan de insinuarme a él, me odia
porque se enlazó con la simple hija de un Sir. Y me restriega cada día, mi poca
dote, nunca ha sido buen esposo, Robbie fue producto de otro de sus
arranques, ya que desde nuestro enlace, se ha traído a vivir algunas amigas
suyas del pueblo, haciéndome a mí, el hazme reír de todos, incluso de los
sirvientes, no ha sido nunca mi esposo, por eso ahora espero que se muera, y
que sufra todo lo que me ha hecho soportar todos estos años.

La señora Corby se quedó un buen tiempo sin expresar palabras, la
confidencia de su amiga la dejó pasmada, así que, simplemente la escuchó,
después, se marchó a su residencia.

Un tiempo después, tocaron a su puerta, ya había pasado la hora del
almuerzo:

—Lady Griffither, adelante.

—Señora Corby, podemos hablar.

—Desde luego, entre Mi Lady.

La dama muy tranquila tomó asiento, en el pequeño salón de estar, en lo

que su amiga traía una tetera con agua caliente y la vertía en una hermosa taza de porcelana, y le entregaba un humeante té.

—Gracias.

Las dos disfrutaron de la bebida, mientras, la chimenea daba calor a la estancia.

La señora Corby miraba de reojos a la dama, ella no hablaba, tenía los ojos cerrados, suspiró y comentó después de unos minutos, que se le hicieron eterno:

—Usted me habló del amor de Dios, señora Corby, también de que él envió a su hijo para que por su sangre, me limpiara.

—Así es Mi Lady.

—Recibí ese regalo de salvación y usted cada día me enseña más, de cómo ese Dios de amor me ama, a pesar de mis debilidades y pecados.

—Sí, usted ha dicho la verdad.

—Dígame amiga, estoy siendo egoísta, al recibir el perdón de mis pecados sin más, y no darle ese mismo don de perdón al Marqués, o es que soy una falsedad.

—No lo es Mi Lady, lo que ocurre es que, es más fácil para nosotros recibir el perdón que otorgárselo a otros, nuestra naturaleza es de verdad, rencorosa y resentida, somos más propensos a recordar quienes nos hacen daño, más sin embargo, nos olvidamos muy fácilmente de aquellos que nos han favorecidos.

—En verdad, deseo ser perdonada, pero no puedo dejar de recordar las maldades e injusticias del Marqués.

—Pues, mi Lady si Dios fuera como nosotros, es muy probable que ninguno pudiésemos obtener el perdón completo, gracias a Dios que Él no es hombre para actuar según nuestros criterios humano.

Lady Griffither no levantó el rostro de la taza, se quedó en mutismo propio, sus ojos se llenaron de lágrimas y ellas poco a poco cayeron como una cascada por sus mejillas, su amiga no se movió, la dejó que se desahogara, le pasó un pañuelo y salió del pequeño salón.

Poco después, retornó con un vaso de agua, ella lo tomó y señaló:

—Deseo perdonar al Marqués.

Su amiga tomó asiento a su lado, sin más indicó:

—Pues hágalo, pero con la condición que sea una vez y para siempre, de la misma forma en que Dios perdonó sus pecados, si no está dispuesta hacerlo así, mejor no lo haga.

Lady Griffither miró un instante a su amiga, después al vaso de agua, como quién está analizando su vida, así que sin más comentó:

—Perdono a Robert Lambert, perdono al Marques de Griffither de la misma manera que Dios perdonó mis pecados.

Lady Griffither se aferró a los brazos de su amiga y esta vez, las dos lloraron, ya no de tristeza sino de alegría.

Esa noche, en la cena, Lady Griffither expresó a su padre:

—Papa, el Marqués no está bien de salud, me marcho mañana.

—Hija sabes que siempre he apoyado cada una de sus decisiones, pero esta vez, siento un poco de reticencia por saber si es verdad lo que le ocurre y no otra forma de manipulación.

—Ya sea una cosa o la otra, ya es tiempo de que retorne a mi hogar, sé que usted está muy bien cuidado con los esposos Corby, ellos en verdad han sido de bendición para usted y cada uno de nosotros, sin mencionar que su hija está haciendo feliz a mi Ian.

—La felicidad Rebeca, está en el corazón de nosotros, pues si somos

hijos de Dios y la sangre de su hijo limpió nuestros pecados, entonces, debemos poseer un gozo genuino, ya que el mismo Dios mora en nosotros en forma de su Espíritu Santo, así que hija, que el gozo y la felicidad estén en su rostro, cuando usted retorne a su mansión, que sea usted esa luz que alumbré ese triste lugar y que todos e incluso la servidumbre, la vean dar gracias a Dios.

—Sí padre lo haré.

—Pues en ese caso, márchese a su hogar con mí bendición.

Al día siguiente, Lady Griffither, se marchó a su mansión, con tristeza por dejar a sus amigos y a su padre, pero con una paz interior que hacía más de cuarenta años, no sentía, ya que se la habían arrebatado a sus dieciocho años, pero ahora sentía que esa fuerza no dependía de la vida ni de la juventud, dependía del dador de la vida.

La llegada de Lady Griffither a la mansión del Marqués, alegró sobremanera a la servidumbre, ya que su señora con su forma peculiar de ser, se había ganado el amor y el respeto de cada uno de ellos, mientras, el Marqués únicamente, respeto por el miedo.

Fue el anciano mayordomo que la recibió, al descender del carruaje:

—Qué bueno que ha llegado Mi Lady, el Marqués está muy desmejorado, no consume nada y al no poder mover su lado izquierdo se la ha pasado todo este tiempo acostado.

—¿Que le ocurrió?

—Estaba en su despacho, hace una semana y comenzó a blasfemar y decir palabras inadecuadas, al leer que usted y su padre asistieron a las

nupcias de Lady Marta, pues salió en el periódico, después sintió un dolor, traté de ayudarlo, envié por el galeno, esa noche estaba sin conocer nada, al día siguiente, el galeno dijo que fue un ataque de bilis, pues no podía mover su lado izquierdo, ni hablar, sólo mira con ira y odio, por eso decidí enviarle la carta.

—Gracias Bonson, ahora envíe a preparar un caldo para el Marqués.

—Pero él no come nada.

—Voy a cambiarme la ropa, después iré a sus aposentos y vamos a ver si no come.

La Marquesa miró que toda la mansión estaba a oscura, como cuando esperan la muerte, así que detuvo al mayordomo:

—Bonson, dígame a la servidumbre, que corran las cortinas, que busquen flores del invernadero y que pongan la decoración del tiempo de navidad, aquí nadie ha muerto ni morirá.

El anciano mayordomo sonrió, pues todo eso había sido una orden de la hermana del Marqués, que había llegado esa mañana.

La Marquesa se dio un baño, se cambió de ropa y después, pasó a los aposentos de su esposo.

La estancia estaba a oscuras, las cortinas rodadas, como en el resto de la mansión, ella sin más entró y apartó todas aquellas telas, la luz del atardecer iluminó el área, vio al Marqués mirarla desde la cama, estaba muy demacrado, un lado más flacucho que el otros, y no podía ni mover bien la cabeza, en ese instante, entró el mayordomo con una bandeja:

—Mi Lady, el caldo.

—Póngalo en la mesa Bonson, ¿Dónde están los maestresalas del Marqués?

—Él no los desea ver, Mi Lady.

—Pues, dígales a los dos, que su señora desea, que le preparen un baño al Marqués.

—Mi Lady la hermana del Marqués no permite que lo bañen.

—Pues ella no es la Marquesa, dígale a la servidumbre que Lady Carther solo es una invitada, como tal he de ser tratada.

—Sí, Mi Lady.

La Marquesa se giró a su esposo, lo miró a los ojos y le expresó:

—Marqués he venido a cuidar de usted, debe comer para que recupere las fuerzas, pues no voy a permitir que usted se deje ganar por ese arrebatado de ira que le ha dado, ¿A entendido?

El caballero sin poder decir palabras, la miraba desde la cama.

Ella con mucha calma, tomó la bandeja, la colocó en la mesita de noche, puso una servilleta en el pecho del Marqués, él sólo la miraba, ella tomó asiento en el borde de la cama, tomó el plato y cuando puso la cuchara en la boca del Marqués, este no abrió los labios.

En aquel momento lo miró a los ojos y ella con dulzura expresó:

—Ingiera un poco, Robert.

El Marqués al escuchar por primera vez su nombre en los labios de ella, la miró con intensidad, Lady Griffither se dio cuenta que eso había extrañado a su esposo, así que volvió a decir:

—Debe comer, para que me pueda reñir Robert.

Esta vez, él abrió la boca y poco a poco se comió el contenido de la cacerola, después ella con delicadeza explicó:

—Voy a darle un baño, no se porte como un niño, sino como el Marqués de Griffither.

El caballero no respondió, entre sus maestresalas y ella, bañaron al

Marqués, mientras, las doncellas cambiaban todo de la cama de él, hasta el mattres.

La Marquesa tomó asiento, al dado de la bañera de madera y poco a poco le echó agua por la cabeza, mientras, él cerraba sus ojos.

Cuando volvieron a recostar al Marqués, todo estaba limpio, y el mal olor se había ido.

Un tiempo después, la Marquesa le dio un poco de papa con estofado, él poco a poco se lo comió, cuando ella finalizaba de arreglar las almohadas, entró su cuñada, preguntando con arrogancia:

—¿Qué estás haciendo? ¿Deseas matar a mi hermano?

—Lady Carther, es mejor que hablemos en otro lugar.

—¿Quién se cree que es para llegar y cambiarlo todo? Soy la Condesa y toda la servidumbre debe respetarme.

La Marquesa miró hacia la cama, su esposo la miraba como esperando su reacción, así que ella miró muy tranquila a su cuñada y con voz calmada indicó:

—Si no se ha dado cuenta en estos cuarenta años, he sido la Marquesa de Griffither, y usted no es más que la hermana de mi esposo, así que le recomiendo que baje la voz, que se comporte como la invitada que es, y que ponga a un lado sus resentimientos.

La dama miró perpleja a Lady Griffither, mientras, ella tomaba la tetera y vertía un poco de agua caliente en una taza y sin más preguntó:

—¿Desea acompañarnos a tomar el té?

Lady Carther miró a su hermano en la cama, se veía hasta más mejor, el olor a enfermo se había ido de la habitación y su cuñada estaba muy tranquila preparando el té, como si nada estuviera pasando, ella sin más, se encaminó

hacia la puerta y desde allí expresó:

—La muerte ronda esta mansión y usted le está abriendo las puertas, así que mañana mismo me marchó.

—Pues si es así, no creo que ella tenga la potestad de hacer nada, pues quien es mi padre ahora, posee el poder de alejarla.

Lady Carther miró de arriba abajo a su cuñada y sin más, salió de los aposentos del Marqués.

Dos semanas después, ya el Marqués estaba en la planta baja, aunque no podía caminar, lo trasladaban en una silla con tres ruedas, su esposa se había encargado con éxito de sus obligaciones, ella le hacía pregunta y el Marqués la contestaba con la cabeza.

Ya para principio de diciembre, decía algunas palabras.

Una noche, al terminar la Marquesa de dar gracias a Dios por los alimentos, él habló entre balbuceos:

—Robb

La Marquesa entendió lo que él deseaba decir, así que indicó:

—Si deseas, puedo invitarlos para que pasen Navidad con nosotros, así usted conoce a su nieta.

El Marqués asintió con la cabeza.

Al día siguiente Lady Griffither no sólo invitó a su hijo menor a que pasara las navidades con ellos, sino al mayor, su padre Sir. Scott, los esposo Corby y a la hija de ellos Lady Kelliana y su esposo y su hijo y también a los Duques de Somerset.

Una semana antes de navidad ya el Marqués podía hacer una pregunta corta, mientras, tomaba el té con su esposa él preguntó:

—¿Por qué usted cuidar de mal caballero?

Lady Griffither le sonrió con una tierna forma, después de mirarle a los ojos expresó:

—Robert recibí el perdón de Dios por medio de la sangre de Jesús, ese amor de Dios y su pureza, me hizo entender lo impura que soy ante él, así que no puedo llamarme hija de un Dios tan Santo, sin perdonarlo a usted, así que, como se ha dado cuenta, el amor de Dios es tan abundante que también quitó mi rencor y resentimientos, me ha dado fuerza y ha hecho de mí, una dama sin temor, pues el verdadero amor de él, ha echado todos mis temores.

El Marqués no respondió, pero esa noche cuando sus maestras las lo acostaban y la Marquesa lo arropaba, mirándola a los ojos le dijo:

—¡Perdóneme!

Ella le sonrió y dándole un beso en la frente, le indicó:

—No es a mí a quien tiene que pedir perdón Robert, es a Dios, usted sabe que es fácil, se lo he repetido muchas veces, así que no espere para ordenar su vida y reanudar esa relación con su padre celestial.

El Marqués de Griffither esa misma noche, estrechó la mano de su padre e hizo las paces con él, por medió de la sangre de Jesús, ya que al ver como su Marquesa lo cuidó y ayudó, fue un testimonio para él, de que Dios es real, pues su esposa se lo demostró con su vida.

Unos días antes de Navidad, comenzaron a llegar los carruajes, los primeros fueron Lord Robbie Lamber y su esposa, los cuales presentaron al Marqués a su hija, la pequeña Isabel, con el rostro blanco como la nieve y con

su poco pelo rubio.

Sir, Scott viajaba con los esposos Corby, los esposos estaban muy angustiados de cómo iban hacer recibidos por el Marqués, pues ellos estaban al tanto de que no eran de las preferidas personas del aristócrata.

Al llegar esa tarde, para alivio de ellos, el Marqués no se había sentido bien, pues se habían agotado sus fuerzas con la llegada de su hijo menor y su familia, que habían arribado esa mañana.

Al día siguiente, llegaron Lord Rothgar y su esposa.

El Vizconde estaba dispuesto a retornar a su residencia, si su padre le hacia algún desaire a su Vizcondesa, así que, cuando el Marqués descendió al salón del comedor, a desayunar, se encontró rodeado de más personas, su mirada buscó entre los presentes a su hijo mayor, este estaba al lado de la joven, que ahora era su esposa, a espera de sus palabras.

La Marquesa miró la expresión de su hijo mayor de angustia, así que se agachó a decirle al oído a su esposo:

—Estamos todos juntos Robert.

El Marqués apartó la mirada de su hijo y sin más extendió su mano a su esposa y le dio un beso en la mano, ella como una jovencita, se ruborizó, mientras sus dos hijos se asombraban por la muestra de cariño que su padre le había hecho a su madre, ya que ellos nunca fueron testigo de algo semejante, en seguida, el Marqués le hizo señas a su hijo mayor, este tomó la mano de su esposa con firmeza, cruzó el salón, hasta llegar al frente de su padre:

—¡Ian hijo, bienvenido y también usted hija.

Dijo el Marqués estrujando las palabras.

Su hijo mayor se sorprendió de las palabras de su padre, pero Lady Susan no fue tan fría como él, la dama se agachó y abrazó al anciano, para asombro de todos, éste también la abrazó y al soltarla le indicó:

—Nietos, muchos.

La joven le sonrió y le apuntó:

—Mi Lord, dentro de seis meses verá usted a su nieto o nieta.

El Marqués tomó la mano de ella y le dio un beso.

Ese día, todos compartieron con el nuevo Marqués de Griffither, hasta Sir. Scott fue testigo del cambio en el carácter de su yerno.

Esa navidad fue una de la más feliz para los Marqueses de Griffither, pues cada año se hizo una tradición que la familia se reunía para esas fechas a darle gracias a Dios, y cada año la familia aumentaba.

Epílogo

Sir. Scott una tarde de verano, estaba disfrutando de la compañía de algunos de los miembros de su familia, otros iban de camino hacia allí, cuando se sentó en un banco de hierro en el jardín, conversando con su amigo, le expresó:

—Corby creo que pronto me iré.

—No diga eso, mi buen amigo, usted posee muchas fuerzas.

—No tantas, ya Dios ha sido muy bueno conmigo, he visto a los hijos de mis nietos, a mi yerno amar por fin a mi hija y que todos ellos lo amen a él.

—Usted no puede dejarnos, usted sabe que mi esposa se pondrá muy triste.

—Mi buen amigo, confié en que usted, la reconfortará, pues, que más gozo es para un alma como la mía, reunirse con su Dios y una tranquilidad para este cuerpo dolido, descansar, no se aflija por mí, mi amigo Corby, pues estaré en la misma presencia de Dios.

—Pues si está usted tan apremiante por marcharse, sólo le pido que espere que lleguen Ian y Susan.

—Jajajaja. Ellos llegarán, desde luego que llegarán, ahora, tráigame un poco de ese delicioso jugo de limonada, que hace su esposa.

Cuando el Señor Corby retornó con la limonada, ya sir Scott se había montado en el carruaje de la muerte, su amigo se quedó triste por su partida, pero como sabía donde se encontraba, pronto su alegría volvió a su rostro.

Las tierras y la villa el señor Scott se la heredó a su amigo el señor Corby y a la esposa del caballero, dejando de esa forma bien establecido a la

familia Corby, ya que aquellas tierras no pertenecían al título de Baronet.

Su sobrino Sir. Connor Scott y su esposa Lady Kelliana pasaron hacer los nuevos Baronet, ellos fueron bendecidos con tres hermosos hijos, dos damitas y un caballero.

Lady Marta al enlazarse con el Marqués de Wesherte disfrutó sus años viajando con su esposo, ya que el caballero fue promovido a diplomático de asuntos exteriores, la dama nunca se olvidó de su amiga la señora Corby, y siempre le enviaba diferentes obsequios de los países donde estaba, cabe aclarar, que también cartas.

Su Sobrina Lady Pamela al enlazarse con el hijo del Marqués, su amor secreto, pues desde las nupcias de su prima, Lady Josefina conoció al joven y los dos habían estado siempre en contacto por cartas, cuando los padres de los dos jóvenes, hicieron el acuerdo prenupcial, ellos estaban tan felices que no podían callar su felicidad, por eso, en todo Wesherte se dijo, que ese fue el acuerdo más deseado, ya que, aunque los padres de los novios no lo sabían, ellos se amaban. Dios bendijo su unión con un caballero y una damita.

Lord Robbie y Lady Josefina Lambert fueron bendecidos con dos hermosas niñas, el Duque le entregó a su yerno la cuantiosa herencia que le había dejado la madre de la dama, la cual, consistía en muchas tierras en Bath y una cuantiosa fortuna monetaria, Lord Robbie trabajó las tierras y duplicó el capital de su esposa, cosa que hizo que cuando sus hijas estuvieron en tiempo de debutar, las damas poseían unas envidiables dotes.

Los Duques de Somerset fueron muy felices, su Duquesa le dio dos

hermosas hijas, las cuales, fueron tan bellas como su madre, su hermano el futuro Duque de Somerset cuidaba de las pequeñas, de tal forma, que cuando su padre partió a la presencia de su Dios, el joven cuidó de la Duquesa viuda y sus hijas, sin faltarles nada, como lo haría su padre.

Una mañana la Vizcondesa fue a ver a sus dos hijos gemelos a la habitación de juego, cuando encontró a su suegro jugando con ellos, este al verla le sonrió:

—¿Cómo es posible que una dama tan delgada pueda haber traído estos dos, al mundo?

—No lo sé, Mi Lord, esas son las maravillas de nuestro Dios.

El Marqués miró una vez más a uno de los pequeños que se agarraba de los barrotes de la cuna, entre tanto, el otro, trataba de hacer lo mismo:

—Me pongo a cavilar si los dos serán como sus padres, o alguno de ellos, llevará la mala sangre de su abuelo.

—Usted ya no posee mala sangre, pues Jesús cambió la sangre de él, por la suya.

—Es verdad hija, es verdad, por esa razón soy un caballero feliz.

—Pues, no piense mucho en su pasado y mejor ayúdeme a encaminar a estos dos, por el verdadero camino de la verdad.

—No creo que pueda ayudarles mucho, un viejo e inválido no posee mucho valor.

—No lo creo, usted es Lord Robert Ian Lambert, Márquez de Griffither, como usted solía decir, no hay nada que se le niegue a un Marqués y más si es hijo de Dios.

—Joajana.

Dios les dio larga vida a los Marqueses de Griffither, para ver a sus

nietos, pues Dios bendijo a los Vizconde con dos gemelos, así como a Lady Victoria, ya cuando estaban en avanzada edad.

Los Vizconde de Rothgar fueron muy felices como pareja, aunque cada día nuevos retos llegaban a sus vidas, fueron bendecidos con hijos y mucha riqueza, pues el Vizconde continuó sus inversiones en Londres, a espesan de la fortuna de su padre, él se abrió camino por sus propios esfuerzos.

Cuando el Vizconde cumplió sus cuarenta cinco y su esposa los treinta y dos, recibieron la noticia de que ella estaba en espera, al principio fue de asombro, después de preocupación, pues muchas damas estaban dejando sus familias solas, ya que el parto eran más fuerte que sus fuerzas, así que los nueve meses de espera, el Vizconde pasó una angustia atroz, pero cuando la niña nació y la madre estuvo bien, la alegría retornó a la familia.

Una mañana el Marqués se marchó a cabalgar con su nieta de tres años, esa mañana Dios llamó al Marqués y con un fuerte dolor de pecho, cayó del caballo, cayendo con él, la niña, después de ese golpe, la pequeña no volvió a caminar, y aunque nadie mencionaba nada, todos sufrían al ver a la pequeña Victoria arrastrarse por el suelo.

Así fue, como la niña fue creciendo, sentada en una silla de ruedas, sin poder caminar ni jugar, como los demás niños, pero sus padres siempre le decían:

—Te llamamos Victoria, pues eso es lo que eres, eres nuestro triunfo.

La niña pronto se convirtió en una damita y era tan hermosa por dentro como por fuera, que no había uno de la servidumbre que no la amara, y ni una

de las personas amigas del Marqués que no la quisieran.

Así fue como Dios enseñó a todos, que las limitaciones, no hacen diferentes a las personas, pues la pequeña Victoria se convirtió en la excepción de las reglas, ya que siempre existe un distinguido amor.

La bendición de Jehová es la que enriquece,

Y no añade tristeza con ella.

Proverbios 10:22

Amable lector espere la bendición de Dios, pues es la única que da tristeza y le diré, mi mayor bendición es Jesús, ero que sea la suya también.

FIN

